

Recuperar a Ari



Marta Francés

RECUPERAR A ARI

Marta Francés

Para ti que vas a leer una de mis historias por primera vez. Gracias.

Último día de clases antes de Navidad. Último día de suplicio.

Ir a clase y verla todos los días era como sufrir un jodido infierno. Verla sonreír mientras hablaba con sus amigas, escuchar su risa provocada por algo que yo no había dicho, observar su gesto de concentración durante las clases...

No más de eso durante un par de semanas. Benditas vacaciones.

Cogí los libros de mi casillero y fui hacia el aparcamiento. Caminaba mirando al frente sin prestar atención a mi alrededor, como hacía siempre, como llevaba haciendo desde hacía unos meses. Escuchaba los gritos de alegría, las risas provocadas por el fin de las clases, las voces de los grupos reunidos en el pasillo probablemente quedando para ir a alguna fiesta ese fin de semana. Yo no iba a fiestas. Ahora ya no.

—Hey, Diego.

Me giré a la derecha y vi a mi hermana Sara. Se acercó a mí cargada de libros y carpetas.

—Trae, anda, te ayudaré a llevar todo eso —me ofrecí cogiendo parte de sus libros.

—Gracias —sonrió—, tengo que hacer varios trabajos durante estos días.

Los dos juntos caminamos hacia la salida. Ella hablaba acerca de todas las cosas que pensaba hacer en las vacaciones, las fiestas a las que iba a ir, el

tiempo que iba a pasar con su novio al que echaba tantísimo de menos desde que empezó en la universidad, los regalos que quería comprar a nuestra madre. La escuché durante todo el camino hasta mi coche, pero cuando llegamos allí mi mirada se desvió hacia su coche. Ahí estaba ella, apoyada en el capó rodeada de todas esas que decían ser sus amigas. Conversando animadamente acerca de algo que no me incluía, entonces ya no. Justo entonces Carlos se acercó hasta ellas y se colocó a su lado, pasó un brazo por sus hombros y ella se dejó hacer. Sonrió. Sonrió como antes. Sonrió como me sonreía a mí. El infierno se intensificó.

Justo en ese instante sus ojos se movieron por el aparcamiento y se encontraron con los míos. La sonrisa desapareció de su rostro y me miró fijamente. No aparté la mirada, no sé por qué, normalmente lo hacía, pero esa vez no. Nos quedamos mirando el uno al otro durante unos segundos. No había nada ni nadie más en aquel aparcamiento, todos habían desaparecido. Me dieron ganas de echar a correr hacia ella, abrazarla y pedir su perdón.

—Diego.

La voz de mi hermana me devolvió los pies a la tierra, rompí el contacto visual con ella y miré a Sara. Ella miró hacia donde yo había estado mirando y volvió a mirarme con desaprobación.

—No deberías seguir con todo eso.

—Lo sé, Sara —abrí la puerta del conductor—. Créeme que lo intento.

—Pero sigues queriéndola.

No contesté a su afirmación. Mi hermana me conocía tan bien que sabía perfectamente todo que pasaba por mi mente. Ella era la única persona que sabía lo que había pasado.

Arranqué el coche y di marcha atrás para salir de allí de una maldita vez. Pasamos al lado de donde ella estaba y no pude evitar volver a mirarla. Seguía bajo el abrazo de Carlos. Observó mi coche conforme pasaba a su lado y casi pude distinguir el odio en su mirada cuando nuestros ojos volvieron a conectarse por un segundo.

Conduje hasta casa en silencio. Sara no volvió a abrir la boca en todo el trayecto pero sentía su mirada escrutadora en mí. Sabía que quería decirme algo, que se moría por abrir esa boca que tenía y soltar una de las suyas. Esperaba fervientemente que no lo hiciera.

— ¿Has pensado en contarle la verdad alguna vez?

Rodé los ojos. Por supuesto que no iba a quedarse callada durante tanto

tiempo.

—Sara... no empieces.

—Pero, Diego... ¿no te das cuenta?

La miré un instante y volví a centrarme en la carretera. Sus ojos verdes tan parecidos a los míos me miraban como si fuera idiota. Probablemente así era.

— ¿No puedes dejar de meterte en mis asuntos y centrarte en los tuyos? —
Solté más rudo de lo que debería.

—Perdona por preocuparme por ti —espetó cruzándose de brazos y mirando al frente.

Perfecto. Ya la había vuelto a cagar. Otra vez.

Seguimos sin hablar hasta llegar a casa. Aparqué al lado del BMW rojo de Pilar y antes de que pudiera parar el coche Sara ya había salido dando un portazo tremendo.

— ¡Creo que no has cerrado bien, Sara! —Grité mientras abría mi puerta.

— ¡Vete a la mierda! —Me gritó mientras subía las escaleras del porche.

Respiré hondo y cerré mi puerta con otro portazo. Sentía el enfado carcomerme por dentro. ¿Dejaría algún día de ser tan gilipollas? ¿Dejaría de comportarme como un niño que lo único que hace es hacer daño a la gente que le rodea? Me pasé la mano por el pelo con frustración. Con lo sencillas que serían las cosas si él estuviera aquí...

Cerré los ojos y me permití recordarle unos segundos. Solo unos segundos, nada más.

Sus ojos color avellana mirándome desenfocados, sus manos agrietadas que raspaban la piel de mis mejillas cada vez que las acariciaba. Cómo me gustaban esas caricias pese a todo.

Abrí los ojos de nuevo. No más recuerdos. Cerré el coche y fui hacia casa. Subí las escaleras y entré en el calor de mi hogar. Durante un tiempo sentí que ese no era mi hogar, que no era el lugar que yo debería ocupar en ese jodido mundo. Pero por suerte, tuve gente que me ayudó a centrarme y a reconocerlo de nuevo. Dejé los libros en la entrada junto con mi cartera de piel negra que había heredado de él. Fui hacia la cocina siguiendo el olor a comida. Sara estaba allí sentada en la encimera y susurrando algo con Pilar. Las dos se giraron a mirarme cuando me escucharon entrar. Sara me fulminó con la mirada. Decidí ignorarla.

—Hola, cariño —me dijo Pilar con dulzura—. ¿Qué tal ha ido el último

día de clase?

Me senté en una silla y me dejé caer lentamente mientras cruzaba los brazos en mi pecho y cruzaba las piernas a la altura de los tobillos, totalmente espatarrado en la silla.

—Ha sido el último, solo por eso ya ha ido bien.

Escuché un suspiro saliendo de sus labios. Sara saltó de la encimera y fue hacia la puerta. Ni siquiera me miró. Salió de la cocina y la escuché subir las escaleras. Me quedé mirando fijamente por la ventana. Había empezado a llover de nuevo. Maldita lluvia. Lo peor de todo es que en un par de días esa lluvia sería nieve y entonces los recuerdos me invadirían. Maldita Navidad.

—No me gusta que tu hermana y tú estéis peleados.

No aparté la vista de la ventana ni miré a mi madre.

Permanecemos en silencio unos minutos. Sabía que ella me estaba mirando, podía sentirlo. Se dio por vencida y chasqueó la lengua, volvió a suspirar y comenzó a andar hacia mí. Cogió la silla al lado de la mía y se sentó. Seguí sin mirarla.

—Diego... —empezó en un susurró—. Me gustaría que vinieras conmigo mañana a la ciudad.

—¿Para qué? —Pregunté sin moverme ni un ápice.

—Hay que comprar el árbol y necesito a alguien fuerte que me ayude a cargarlo en el coche.

—Lo siento, no puedo.

Era mentira. Por supuesto que podía. Pero no pensaba cooperar en nada que tuviera que ver con la Navidad.

—Cariño —sentí su mano sobre mi brazo—, es Navidad... Sabes que él querría que la celebraras como siempre.

Eso sí que no. Nada de intentar chantajearme con su recuerdo. Nada de decirme lo que a él le hubiera gustado. Él ya no estaba. Apreté con fuerza las mandíbulas

—No le utilices para condicionarme... —dije con dureza y estrechando la mirada.

—Lo siento.

Apartó la mano de mi brazo e inmediatamente me sentí el ser más despreciable del mundo. No era el único que había perdido a alguien. Ella también había sufrido y seguía haciéndolo, probablemente más que yo. Se levantó de la silla y volvió a la encimera, dándome la espalda. Cerré los ojos

y me masajeeé el puente de la nariz con la mano derecha. El dolor habitual en mi pecho se hizo más grande y tragué en seco. Tomé aire y abrí los ojos. Observé la espalda de mi madre y me dio la sensación de que se agitaba. Mierda. ¿La había hecho llorar? Eso era lo último que quería en el mundo.

Me puse de pie y fui hasta ella. Seguramente me escuchó porque se llevó una mano al rostro, intentando limpiar las lágrimas para que yo no las viera. Llevé mis manos a su cintura.

—Mamá... Lo siento...

La escuché sollozar y volví a sentirme como la mismísima mierda. Yo había conseguido eso. Me merecía todo lo malo que pudiera pasarme en mi miserable vida.

—No pasa nada, cariño —murmuró con voz queda, afectada por las lágrimas—, estoy bien.

No me creí ni una sola palabra. Pero no sabía qué más decirle. No sabía cómo consolarla porque ni siquiera sabía cómo consolarme a mí mismo. Me agaché y apoyé la cara en su espalda mientras afianzaba mi agarre en su cintura. Cerré los ojos y me dejé llevar. Tanto que sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas. Tanto que cuando sentí sus manos acariciar las mías un escalofrío me recorrió la espalda. Me acurruqué en su espalda y dejé que una lágrima se escapara. Pero de repente reaccioné y me separé de ella. Se giró para mirarme. Tenía los ojos húmedos y su habitual rostro sereno estaba cubierto de una tristeza que le partiría el corazón a cualquiera. Pero no a mí. No podía dejar que eso pasara. Me cuadré de hombros y me limpié la lágrima delatora con el dorso de la mano.

—Diego... por favor...

Negué con la cabeza a la vez que cerraba los ojos. No podía escuchar esa súplica plasmada en sus palabras. No quería que el dolor que reflejaban recorriera a sus anchas mi interior. No podía permitirlo. Abrí los ojos de nuevo pero centré la mirada en los suyos

Pilar estiró el brazo e intentó acariciar mi mejilla con sus suaves dedos. Di un paso hacia atrás y vi la desilusión cruzar su rostro. Me di la vuelta y salí de la cocina para subir a mi habitación.

Cerré la puerta tras de mí y me dejé caer en la cama. Me quité las zapatillas a patadas con los pies y las dejé caer en el suelo. Me quedé tumbado bocabajo con los brazos flexionados y las manos encima de mi cabeza. Debía dejar de ser tan capullo. Debería dejar de comportarme así. Lo

sabía perfectamente. Con mi actitud no hacía otra cosa que hacer daño a Sara, a mi madre... Le había hecho daño a *ella*. Y solo por eso me merecía todo lo malo y todo el odio que pudiera generar. Puede que si él todavía estuviera aquí me hiciera entrar en razón... Pero no. Él no estaba aquí. Me incorporé de la cama. Él ya nunca estaría y por mucho que yo quisiera cambiar eso no podía. Puse los pies en el suelo y me levanté mirando a la pared llena de entradas de conciertos y recuerdos de momentos anteriores. Casi era como si fueran recuerdos de una vida pasada, como si la persona que puso allí todas esas cosas no fuera yo. Observé de cerca todos esos papeles y al mover una entrada de un concierto de Muse vi que debajo había una foto. Aparté el resto de cosas que la tapaban y descubrí ese rostro que me hacía sentir el ser más despreciable del mundo entero.

Su rostro derrochaba felicidad. Estaba sonriendo y sus ojos castaños brillaban, casi podía verse ese brillo en la foto. Llevaba el pelo suelto, algo más corto que entonces. Tenía una mano levantada hacia delante, como queriendo que esa foto no se hiciera, intentando impedirla. No tengo ni idea de dónde le hice esa foto pero estaba tan guapa... Solté todo el aire de mis pulmones y volví a cubrirla por las entradas y los recortes. La habitual sensación de culpabilidad había vuelto a aparecer en mi interior. Pero era tan cobarde que ni siquiera tenía el valor de quitar esa foto de allí. Al igual que tampoco había sido capaz de tirar todas las cosas que un día me envió en una caja de cartón. Los regalos que yo le hice y que ella decidió devolverme. Seguían en mi armario, al lado de mis viejas botas de fútbol.

Agaché la cabeza y cerré los ojos. Sin pensármelo más abrí un cajón y aparté los cuadernos que ocupaban la parte superior, saqué la cajita de madera y la dejé sobre el escritorio. La miré como si fuera mi enemiga, en realidad así era. La abrí sin más dilación. En su interior estaba mi único consuelo desde entonces. Mi único consuelo y también mi condena. Saqué la bolsita de plástico y metí los dedos en su interior. Saqué una pastillita de color azul y me la metí en la boca. Casi no sentí su sabor amargo al hacer contacto con mi lengua ya que me la tragué enseguida. Eché la cabeza hacia atrás y miré el techo.

Muy bien, Diego, continúa destrozando tu vida, es lo único que sabes hacer.

Los siguientes días pasaron en una nebulosa de la que casi no recuerdo nada. Recuerdo a mi madre entrando en mi habitación y diciéndome que debería salir a dar una vuelta, a tomar el aire. Recuerdo a Sara entrando y sentándose en mi cama, a mi lado, mirándome con esa lástima que solo a ella le permitía. Creo que me dijo algo acerca de Roberto, no recuerdo qué. También recuerdo que me traían comida de vez en cuando y puede que comiera algo... sí, un sándwich, me comí un sándwich. Pero así pasaron dos días, o quizá tres. Me metí en la cama y no salí de allí más que para ir al baño. Cada vez que pasaba por mi mesa me metía otra pastillita en la boca. Eran mi salvación, mis pastillas de la felicidad. O bueno, no exactamente ya que no me hacían feliz. Pero eran mis pastillas de la evasión. Mi mente volaba y flipaba, literalmente, me imaginaba cosas que luego ni siquiera recordaba, pero por lo menos no pensaba en la mierda que era mi vida.

El tercer o cuarto día de mi reclusión abrí la cajita mágica y casi chilló como una niña al darme cuenta de que no había ni una sola pastilla dentro.

— ¡Mierda! —Exclamé golpeando la mesa con el puño.

Tenía que conseguir más. Necesitaba conseguir más.

Me quité la camiseta que había llevado durante todos esos días y decidí ducharme. Olía francamente mal. Cuando salí de la ducha me quedé mirando mi reflejo en el espejo. Unas sombras oscuras me rodeaban los ojos, parecían hundidos en mi rostro. La barba de varios días salpicaba mi mentón. Mi habitual piel clara había adquirido un tono amarillento que rozaba el enfermo. Mis ojos verdes parecían cansados, cansados de vivir, cansados de seguir adelante. Los cerré para no verme más. No me gustaba a mí mismo. Había perdido peso en esos últimos meses, casi no comía y el abuso de las drogas afectaba a mi imagen. Fruncí el ceño y agité la cabeza intentando no pensar en la sensación que me causaba a mí mismo tan cercana al asco.

Después de eso me vestí y fui a la habitación de Pilar. No estaba ya que había salido con Sara a comprar no sé qué historias para la cena de Nochebuena según una nota que encontré en mi puerta. Abrí el cajón de su mesilla sin echar ni un solo vistazo a la foto que descansaba sobre ella y cogí el sobre donde sabía que guardaba el dinero que sacaba para los gastos de la semana. Siendo Navidad la cantidad era mayor, así que decidí coger un poquito más, después de todo, la Navidad es compartir, ¿no? Sonreí ante mi propia gracia y casi sin querer mis ojos se posaron en la foto. Ricardo me

miraba con censura, como si realmente estuviera viendo lo que hacía. Volví la cara y casi cojo la foto y la tiro al suelo. Me contuve. No quería que Pilar se diera cuenta de que había estado allí. Aunque lo más probable es que ya supiera que yo le robaba dinero todos los meses.

Salí de la habitación enfadado conmigo mismo por haberme despistado y haber visto su foto. Entré en mi habitación, cogí el móvil y las llaves de mi coche y bajé las escaleras. Cogí mi abrigo negro y salí de la casa rumbo a mi Audi. Tenía que ir a ver a Félix. Miré mi reloj. Las cuatro y media de la tarde. ¿Dónde coño estaría a estas horas? Arranqué y fui a donde solía estar siempre sin importar la hora que fuera.

Llegué al bar de Jimmy en diez minutos. Sonreí en cuanto vi la moto de Félix aparcada en la entrada. Aparqué a su lado y salté del coche. En cuanto entré en el bar parpadeé un par de veces para que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Jimmy me saludó desde la barra.

— ¿Lo de siempre?

Asentí con la cabeza y me acerqué a él. En unos segundos tenía frente a mí una cerveza fría. La cogí y di un largo trago. Observé a mi alrededor y vi a Félix sentado en una mesa al fondo del bar, en el lugar más oscuro. Fui hacia allí con mi cerveza y me senté frente a él. Me miró fijamente y le mantuve la mirada. Debía tener unos treinta años. Siempre llevaba el pelo recogido en una pequeña coleta en la nuca. Sus ojos siempre estaban más abiertos de lo normal y fumaba como un carretero. Me ofreció un cigarro que cogí gustosamente. Saqué el mechero de mi bolsillo y lo encendí justo después de encender el suyo.

— ¿Lo de siempre? —Me preguntó imitando a Jimmy.

Le sonreí.

—Me preguntaba si esta vez tendrías algo especial. Ya sabes, por eso de que es Navidad y esas cosas.

Rió entre dientes y se llevó una mano al bolsillo. Dejó sobre la mesa una pequeña bolsita llena de polvo blanco. Miré la bolsita y luego le miré a él.

—De la buena —dijo mirándome con los ojos brillantes, seguramente producto de esa mierda que había dejado encima de la mesa.

—Me gustaría probarla antes.

—Desde luego —me tendió la bolsa y sonrió—. Eres uno de mis mejores clientes, Sánchez.

Asentí con la cabeza y cogí la bolsita. Me levanté de la mesa y fui al

cuarto de baño. Estaba asqueroso, olía fatal y le hacía falta un desinfectado de urgencia. Entré en uno de los habitáculos y cerré la puerta. Bajé la tapa del váter y me agaché frente a él. Abrí la bolsita y dejé caer un poco de ese polvo blanco. Emitía ligeros destellos brillantes, como si fueran diamantes. Me llevé la mano al bolsillo trasero y saqué mi cartera. Extraje una tarjeta de crédito y di forma a ese polvo blanco. Saqué un billete y lo rulé. Me agaché un poco más y esnifé todo lo que había encima de la tapa. Eché la cabeza hacia atrás a la vez que dejaba salir todo el aire que había aspirado. Me levanté con una mano tapándome la nariz y volví a levantar la tapa del váter. Joder, esa mierda estaba buena. Arrugué la nariz y aspiré con fuerza justo antes de pasarme un dedo por ella. Enseguida noté su sabor amargo bajándome por la garganta. Sonreí. Eso era exactamente lo que necesitaba. Mi corazón se aceleró y empecé a sentir cómo se embotaba mi cabeza. Salí del cuarto de baño y volví a la mesa con Félix.

— ¿Y bien? —Me preguntó recogiendo la bolsita que le tendí.

—Cojonuda. Quiero un par de gramos.

—Perfecto.

Se llevó la mano al bolsillo de nuevo y sacó un par de bolsitas que me ofreció. Las cogí y le di su dinero. Nos miramos a los ojos, asentimos con la cabeza a modo despedida y me levanté de la mesa. Cogí la cerveza que me quedaba y me la bebí de un trago. La dejé sobre la mesa y me di la vuelta para salir del bar. Le dije adiós a Jimmy y salí al frío de Castillo. Respiré hondo. Esa mierda estaba tan buena que ya quería otra más. Entré en mi coche y busqué algo que pudiera utilizar. Encontré la caja de un cedé vacío, me la puse en el regazo y repetí el ritual que había llevado a cabo en el baño del bar. Me importó una mierda que todavía fuera de día. Eché la mitad del contenido de una de las bolsitas y lo esnifé con ansias. Oh, joder... esa sensación tan maravillosa me invadió de nuevo.

Con el corazón latiéndome a toda velocidad arranqué el coche y empecé a conducir por las calles de Castillo. No sé cuánto tiempo estuve conduciendo pero se había hecho de noche hacía un rato. De vez en cuando paraba en algún callejón y me metía un poco más de ese polvo de hadas.

Conducía por la carretera de camino a Jaca. No tenía intención de llegar hasta allí, simplemente me había cansado de dar vueltas en ese pueblo tan pequeño. No veía bien del todo. Mis pupilas estaban tan dilatadas que me costaba ver por dónde conducía. No paraba de rascarme la nariz, me picaba.

Iba cantando la canción que sonara en mi MP3 entonces, no recuerdo cuál era, cuando de repente apareció un árbol en mi camino. Ni siquiera lo vi a lo lejos. Di un volantazo e intenté dominar el coche, intenté volver a ponerlo recto y seguir por la carretera. Pero mis reflejos eran nulos, mi mente estaba ofuscada por la droga y no supe reaccionar. Cuando me di cuenta estaba despeñándome por uno de los barrancos al lado de la carretera. Pisé el freno con todas mis fuerzas pero fue como si no hiciera nada. Mi Audi se deslizó hasta chocar contra una piedra y mi cuerpo dio una sacudida tremenda. Por suerte llevaba el cinturón puesto y solamente sentí un dolor punzante en el pecho. El airbag saltó al instante y mi cara chocó con él en lugar de contra el volante.

Me quedé aturdido unos segundos. ¿En serio acababa de tener un accidente? Joder...

Me incorporé un poco y solté todo el aire de mis pulmones. Dios, me dolía el pecho. Me llevé una mano ahí y me di cuenta de que tenía el cinturón de seguridad completamente pegado a mí. Estiré la mano para soltarlo y seguidamente abrí la puerta para salir del coche. Las piernas me fallaron y me caí al suelo en cuanto lo pisé. Apoyé las manos sobre la hierba húmeda y empecé a respirar intentando calmar mi acelerado corazón.

Estaba de rodillas, apoyado en el suelo, con la cabeza agachada entre los brazos e intentando acompasar mi respiración. Con todo lo que me había metido no sería complicado que me diera algo al corazón. No escuché esa voz hasta que no estuvo a pocos metros de donde yo estaba.

— ¡Diego! ¡Diego!

Oí sus pasos correr hacia mí. De repente tenía alguien agachado a mi lado que me acarició la espalda. Giré la cabeza hacia ella y me quedé paralizado. Puede que el accidente hubiera sido peor. Igual estaba muerto y acababa de llegar al cielo. Fruncí el ceño. Yo no iba a ir al cielo. Eso debía ser el infierno, en cualquier momento el mismísimo Satanás aparecería y me daría una patada en los huevos por todo lo malo que había hecho en mi vida. Pero ella estaba allí... ¿qué hacía Ari en el infierno?

— ¡Diego! ¿Me oyes? ¿Estás bien?

Gritaba y me miraba con los ojos rojos, completamente aterrorizados. Seguí mirándola embobado. No podía hablar, sentía esa jodida opresión en el pecho. En parte por el cinturón y en parte porque ella estaba allí. Me llevé una mano a donde tanto dolor sentía. Intenté sentarme y sentí su brazo alrededor de mi cintura ayudándome. La miré de nuevo. Su respiración acelerada, sus ojos

asustados, su boca entreabierta. ¿Dejaría algún día de verla tan guapa?

— ¿Qué... qué haces aquí? —Pregunté en un susurro con la mano todavía apretando mi pecho.

Pestañeó un par de veces y miró a ambos lados, nerviosa.

—Joder, Diego... has tenido un accidente...

Asentí con la cabeza. Lo sabía. Lo había vivido en primera persona.

Me dieron ganas de reírme. Siempre comentando lo obvio. Sonreí sin poder evitarlo.

— ¿Qué te hace tanta gracia? —Soltó enfadada.

Negué con la cabeza. Me costaba muchísimo hablar. Intenté incorporarme y me dolió más. Arrugué la cara en gesto de dolor.

— ¿Te duele?

Enseguida sentí las manos de Ari en mi espalda de nuevo. Giré la cara para mirarla y me quedé enganchado a su mirada. Esos ojos café que hacía tanto tiempo no veía de cerca. Esos ojos café que me perseguían en sueños. Parpadeó rompiendo nuestro contacto visual y se puso de pie. Se pasó las manos por las rodillas para limpiar sus pantalones vaqueros y miró mi coche.

—Será mejor que nos vayamos. Habrá que llamar a la grúa para que venga a buscar tu coche. Te llevaré a casa.

Se agachó a mi lado y me pasó un brazo por la cintura. Me levanté con su ayuda y pasé un brazo por sus hombros. Nuestros cuerpos estaban pegados y sentí el calor que emanaba el suyo. El corazón estaba a punto de salirse por la boca. Entonces me acordé de mi droga. ¿Dónde estaba? Ah, sí... en mi bolsillo. Respiré tranquilo y comencé a andar con Ari. No hablamos nada, no dijimos ni media palabra. Subimos por la pendiente agarrándonos a ramas de vez en cuando pero sin soltarnos. Yo no quería soltarla. Hacía tanto tiempo que soñaba con tenerla tan cerca de nuevo que sabía que me iba a doler físicamente cuando se separara de mí.

Teniendo en cuenta la poca facilidad de Ari para las actividades deportivas me sorprendió que pudiera subir toda la pendiente conmigo casi a rastras sin tropezarse ni una vez.

Llegamos arriba y me soltó. El dolor volvió. Me llevé la mano al pecho y cerré los ojos intentando alejar el peor dolor de todos. Su recuerdo.

—Vamos, te llevo a tu casa.

¿A casa? No, no quería ir a mi casa. Quería quedarme con ella y volver a sentirla tan cerca de nuevo. No quería ver a Pilar y tener que explicarle lo que

había pasado. Pero no podía hacer nada. Ya era bastante que Ari estuviera haciendo eso por mí. Entonces volví a recordar algo.

— ¿Qué hacías tú aquí? —Le pregunté mirándola con el ceño fruncido.

Suspiró y se pasó una mano por la cara en claro gesto de frustración. ¿Pero por qué?

—Entra en el coche —dijo empezando a caminar hacia la puerta del conductor—. Hace frío y no quiero caer enferma.

Me quedé mirando su horrible chatarra y las comisuras de mis labios se elevaron involuntariamente hacia arriba. El día menos pensado ese trasto la dejaría tirada en medio de la carretera. Debía tener unos cien años y ella lo conducía como si fuera un jodido Mercedes. Le tenía tanto cariño que desde que cumplió dieciséis lo había conducido día sí y día también. Fue de su padre. Esa es la razón de que le tuviera tantísimo cariño a ese Niva desteñido que antaño fue de color rojo. Abrí la puerta del copiloto y entré dentro con algo de mala cara porque el pecho me dolía como mil demonios.

Entonces sufrí una especie de deja-vú. Hacía meses que no me montaba en ese trasto. Seguía exactamente como siempre. Olía igual, a una mezcla entre cuero y humedad con un toque de limón gracias al ambientador que colgaba del espejo. Fruncí el ceño al descubrir que había algo más colgando del espejo. Un par de dados de peluche de color negro. ¿Qué coño hacía eso allí? Eso no era del estilo de Ari. Estiré la mano y los cogí.

—Déjalos.

Su voz helada me hizo apartar la mano como si fueran radioactivos. Me giré a mirarla. Estaba mirando al frente fijamente. Se puso el cinturón y arrancó el coche. El Niva emitió sus habituales petardeos y nos incorporamos a la carretera.

La miré de reojo. Parecía enfadada. ¿Era por los dados? ¿Era por haber tenido que bajar por el terraplén para recogerme? Casi me golpeé mentalmente por ser tan imbécil. No era por nada de eso. Era simplemente por mí. Me lo merecía. Cerré los ojos y suspiré. Dios, necesitaba otra raya.

—Volvía de Jaca cuando he visto tu coche zigzaguear en la carretera.

Me giré sorprendido hacia ella. Hablaba calmada, en voz baja, mirando al frente.

—He reconocido tu Audi y he parado en el arcén en cuanto he llegado al sitio donde habías desaparecido barranco abajo —tomó aire y lo soltó despacio—. No sabía si te habría pasado algo serio y me he asustado.

¿Se había asustado? ¿Por mí? El corazón me dio un vuelco y comenzó a latirme deprisa.

— ¿Qué has hecho para perder el control?

Carraspeé y aparté la vista de ella. Mi silencio fue la respuesta que ella necesitaba. Vi cómo apretaba con fuerza el volante, tanto que sus nudillos se volvieron blancos. Agaché la cabeza.

— ¿Ibas drogado? —Soltó de repente.

—Ari, yo...

—Cállate —murmuró negando con la cabeza—, no quiero que me digas nada.

—Pero...

— ¡No, Diego! —Di un respingo en mi asiento con su grito—. Me importa una mierda lo que hagas con tu vida, pero deberías tenerle más aprecio a la gente que se preocupa por ti. Si no es por ti mismo deberías hacerlo por Pilar y por Sara.

Apreté con fuerza las mandíbulas y miré a la carretera.

—Eres un completo imbécil —dijo justo cuando empezamos a ver las luces de Castillo a lo lejos.

—Gracias —contesté con ironía.

Negó con la cabeza y pude ver tensarse todo su cuerpo. Agarraba el volante con muchísima fuerza. Creo que incluso se estaba haciendo daño.

—Estás consiguiendo que me arrepienta de haber bajado a por ti.

—Deberías haberme dejado allí. —Murmuré con un deje amargo en la voz—. No debería haber esquivado aquel árbol, sería todo mucho más sencillo para todo el mundo.

El coche frenó de repente y tuve que apoyar una mano en el salpicadero pese a llevar el cinturón puesto. Deberían revisárselos. El dolor que sentí en el pecho me hizo llevarme la mano enseguida a él.

Ari se giró hacia mí y lo que vi en sus ojos me hizo echarme hacia atrás. Rabia, furia, dolor... Estaba a punto de llorar.

— ¡Estoy harta de tu actitud, Diego! —Gritó apuntándome con un dedo—. Eres un imbécil. Destrozas tu vida tomando todas esas mierdas, destrozas la vida de los de tu alrededor. ¿Dejarás algún día de culparte por lo que pasó?

Di un respingo. No quería hablar de eso.

—Él murió y no fue tu culpa, ¿lo entenderás algún día? No podías hacer nada —murmuró con voz más dulce mientras una lágrima caía por su mejilla.

Quise acercarme y limpiársela con un beso. — No podías entonces ni puedes ahora, Diego... Perdónate, sigue adelante con tu vida pero no te auto destruyas. No sigas por este camino de perdición porque hay gente que te quiere y se preocupa por ti.

Reí amargamente. La única persona que quería que me amara no lo hacía. El resto ya no importaba.

Me miró fijamente y su rostro se crispó. Creí que iba a empezar a gritarme y golpearme pero no lo hizo. Simplemente se recostó en el asiento y cerró los ojos. Y empezó a llorar. Empezó a llorar con un llanto desgarrador que me rompió el alma. Enterró el rostro en sus manos y su cuerpo empezó a convulsionarse con cada sollozo. Me quedé petrificado en mi asiento. ¿Qué hacía? ¿La abrazaba? Me moría de ganas por hacerlo, desde hace meses quería volver a hacerlo. Probablemente me apartaría de un manotazo. Estiré la mano hacia ella y le acaricié el brazo.

— ¡No! —Gritó apartándose de mi contacto.

Me eché hacia atrás y me sentí como si tuviera la peste. ¿Tan malo era que la tocara?

Apartó las manos de su cara y se limpió las lágrimas con rabia con las mangas del abrigo. La vi apretar con fuerza la mandíbula y volvió a arrancar el coche. Yo no sabía ni dónde meterme. Hubiera saltado de ese maldito coche en marcha en ese mismo instante. No podía creer que hubiera reaccionado así ante una simple caricia. Joder. Miré al frente y me tragué el nudo de angustia que ascendía por mi garganta. Sentía cómo me picaban los ojos. Sentía náuseas. Me sentía el peor ser de ese puñetero mundo.

Condujo en silencio mientras alguna lágrima se escapaba de sus ojos. ¿Lloraba por mí? ¿Era por algo que había dicho? Me moría de ganas por preguntarle todo eso y más. Sentía las preguntas acumulándose en mi cabeza. Quería preguntarle si me echaba de menos tanto como yo a ella. Si todavía se abrazaba al peluche que le regalé cuando se echaba a dormir. Si los días pasaban tan lentos en su vida como en la mía. Si sentía que nada tenía sentido si no estábamos juntos. Si algún día podría llegar a perdonarme lo que le hice...

Negué con la cabeza y cerré los ojos con fuerza. Quería gritar, sacarlo todo fuera, dejarme de tanta mierda recordando el pasado. La cagué. Le hice lo peor que nadie podría haberle hecho en el mundo y me merecía todo lo malo que pudiera pasarme. Pero ella no debía llorar, no por mí. Aunque en

realidad ni siquiera sabía si lloraba por mí o por la rabia que le daba el simple hecho de verme. Probablemente sus lágrimas fueran causadas por el recuerdo de mi gran estupidez. Suspiré demasiado alto. Ella se volvió a mirarme justo cuando abrí los ojos. La miré y me volví a quedar conectado a esos ojos. La tristeza que los inundaba hizo que el nudo de mi garganta ascendiera. Pestañeeé porque no quería llorar, no delante de ella. No podía ver mi fragilidad. Nadie podía verla porque yo no era débil ni frágil. No lo era...

Aparté la mirada y me centré en la carretera. Seguimos en ese incómodo silencio hasta llegar a mi casa. Paró frente a la puerta. Ni el coche de de mi madre ni el de Sara estaban en la entrada. Respiré tranquilo. No tendría que enfrentarme a ellas y explicarles dónde estaba mi coche. Solo quería subir a mi habitación, meterme algo más de ese polvo blanco y tumbarme en la cama. Miré a Ari una última vez.

—Gracias por todo —susurré.

Ella asintió con la cabeza pero no me miró. Apretaba los labios y respiraba entrecortada. Agaché la mirada.

— ¿Algún día podremos volver a ser amigos?

Ni siquiera sé por qué cojones le pregunté eso. No tengo ni idea de cómo esas palabras salieron de mi boca. Ella se volvió a mirarme y la tristeza que vi en sus ojos me rompió un poquito más el corazón.

—No lo sé —murmuró con completa sinceridad.

Asentí con la cabeza. La entendía. Lo que pasó entre nosotros fue tan horrible que entendía que no quisiera tenerme siquiera como amigo. Me lo merecía. Mi infierno particular. No pude evitar soltar una risita amarga entre dientes.

—Me mata no poder hablar contigo todos los días como antes.

De nuevo otra frase que escapaba de mis labios. Puede que fuera por la droga que me había metido. O igual era por el estado post—traumático causado por el accidente. No tenía ni idea, pero aún así la miré esperando su reacción.

Cerró los ojos y el gesto de dolor de su rostro me conmovió en lo más hondo de mi ser. Se giró lentamente hacia mí y vi cómo una lágrima caía silenciosa por su mejilla. Abrió la boca para decir algo pero la cerró. Me miró fijamente con esa tristeza plasmada en sus preciosos ojos café. Entendí que no quería hablar. Ella no sentía lo mismo que yo, estaba claro. De nuevo mi merecido castigo. Asentí con la cabeza y llevé la mano a la manivela de la

puerta para abrirla.

—A mí también.

Me quedé paralizado al escucharla decir eso. Cerré los ojos y sentí cómo mi maltrecho corazón comenzaba a latir desenfrenado. Me volví a mirarla. Tenía la cabeza gacha, se miraba las manos entrelazadas en su regazo. Ni lo pensé, estiré la mano y la coloqué encima de las suyas. La calidez de su piel hizo cosas en mi interior. Levantó la cabeza lentamente y me miró. De nuevo una lágrima descendió por su mejilla pero esta vez estiré mi otra mano para limpiarla dulcemente con mi dedo pulgar. No se apartó ni gritó ante mi contacto. Volver a tocar su piel era tan embriagador que tuve que entreabrir la boca para poder respirar con mayor facilidad. El nudo de mi garganta ya se había extendido al resto de mi cuerpo. Noté cómo se me nublaban la vista por las lágrimas.

—Lo siento.

Lo dije de verdad. Lo sentía todo. Cómo la había tratado mientras Ricardo estuvo enfermo. Cómo la rechacé delante de todo el mundo. Cómo me comporté con ella durante las semanas siguientes. Todo eso y mucho más. Lo sentía tanto que cada vez que la veía el peso de la culpa me embargaba, me hacía ser una persona que caminaba sin rumbo por este mundo de mierda, un fantasma sin alma ni razón de ser. Sin ella mi vida no era nada, jamás había sido feliz hasta conocerla y jamás fui feliz después de perderla. No me iba a perdonar con un simple “lo siento” que encima llegaba tarde, demasiado tarde. Pero quería que lo supiera. Necesitaba sacármelo de dentro de una vez.

Las comisuras de sus labios se elevaron tímidamente hacia arriba y sus ojos brillaron algo más debido a las lágrimas que se acumularon en ellos.

—Será mejor que me vaya a casa —susurró limpiándose con las mangas los bordes de sus preciosos ojos.

Asentí con la cabeza y aparté la mirada de ella. Noté una lágrima cayendo por mi cara e hice como ella y la limpié con la manga de mi abrigo.

—Tienes que llamar a la grúa para que recojan tu coche.

—Sí, ahora llamaré.

No quería salir de ese coche. No quería irme a la soledad de mi habitación y volver a sumirme en mi dramatismo y mi mierda. Quería quedarme allí con ella horas y horas, preguntarle sobre qué leía en esos momentos, hablarle de mi nueva pasión por los videojuegos de carreras, decirle que probablemente el próximo año estudiaría Ingeniería en la

Universidad de Barcelona, preguntarle qué opinaba sobre el nuevo disco de Muse... Quería saber tantas cosas que no habría horas suficientes en el día. Quería saber todo de ella, todo lo que me había perdido esos meses. Quería ser su todo de nuevo. Pero eso jamás sucedería.

—Buenas noches, Ari —murmuré abriendo la puerta finalmente— y gracias de nuevo.

Asintió con la cabeza mientras me veía bajar del coche y me sonrió. ¡Me sonrió! Y juro por todo lo sagrado que fue la sonrisa más encantadora y preciosa que había visto en mi vida. Y me había sonreído a mí, después de todo me estaba sonriendo. Casi me pongo a saltar ahí mismo. En lugar de hacer el imbécil le devolví la sonrisa.

—Feliz Navidad, Diego.

—Feliz Navidad, Ari.

La miré unos segundos que me parecieron eternos. Su precioso rostro todavía húmedo por las lágrimas me miraba con tal calidez que mi corazón dejó de estar tan helado como hasta entonces y latió con un calor inusual. Cerré la puerta del coche y la observé alejándose por el camino hasta que las luces del Niva desaparecieron en la oscuridad de la noche. Suspiré y volví a sonreír pensando en su sonrisa. Entré en casa sin recordar en ningún momento que debía llamar a la grúa ni que eran las ocho de la tarde y mi madre y mi hermana no estaban en casa. Fui directo a mi habitación y empecé a desnudarme para darme una ducha. Al quitarme los pantalones recordé lo que tenía guardado en un bolsillo. Saqué la bolsita y la sostuve delante de mí un rato. La miré detenidamente y sin darle más vueltas fui hasta el cuarto de baño, levanté la tapa del váter y vertí todo su contenido en él. No quería más mierda de esa en mi vida. Desde entonces tenía una nueva meta que cumplir.

Recuperar a Ari.

A la mañana siguiente los gritos de mi madre me despertaron. Me incorporé en la cama y abrí los ojos justo a tiempo para verla entrar por mi puerta como un huracán.

— ¿Crees que haciendo estas cosas nos haces algún bien? —Chilló mirándome con los ojos rojos—. ¿Crees que con tu actitud vas a conseguir que algo cambie? De verdad, Diego, no entiendo qué pretendes hacer con tu

vida...

—Mamá... —empecé frotándome los ojos todavía adormilado.

Caminó hasta los pies de mi cama y la observé un instante. Su pelo antes brillante y de color caoba ahora estaba despeinado, cubierto de canas y le daba el aspecto de ser más mayor de lo que era. Tenía arrugas alrededor de los ojos y los labios. Aún recuerdo cuánto me gustaba recorrer las que se formaban alrededor de sus ojos verdes mientras reía conmigo cuando era más pequeño. ¿Hacía cuánto no la veía reír? Llevaba ropa de deporte, pero no porque fuera a correr o al gimnasio, sino porque era la ropa que utilizaba para estar en casa. La camiseta de manga larga que llevaba hoy era de él, de esas que se ponía los domingos cuando nos llevaba a Sara y a mí a pasear por el bosque. Estaba manchada por restos de algo que parecía harina.

—Ya no puedo aguantarlo más...

Su susurro me hizo volver a la realidad. Mi madre sufría. Sufría por mí.

Me incorporé y salí de la cama para acercarme lentamente hasta ella. Se había llevado las manos a los ojos y sollozaba. Me partió el alma verla así. Estiré las manos y las posé en sus hombros. Era más pequeña que yo así que no me costó mucho atraerla a mi pecho y abrazarla. La verdad es que ella no puso ningún impedimento para que lo hiciera.

—Mamá, lo siento...

Sollozó en mi hombro sin apartar las manos de su rostro. Yo la abrazaba con la nariz cerca de su pelo, aspirando su aroma tan familiar. Llegó un momento en que apartó las manos de su cara y las llevó a mi cintura. Me abrazó con fuerza a la vez que seguía sollozando. Creo que lloró por todo lo que habíamos pasado, no solo por darse cuenta una vez más de que su hijo era un capullo integral. Lloró por él, por Sara y por mí. Lloró por ella misma y su soledad. Lloró por todos esos momentos en que se había sentido tan sola y yo no había sido capaz de darle mi apoyo. Un momento... ¿por eso lloraba ella o sufría yo? Cerré los ojos con fuerza y la apreté más a mí.

—Lo siento, mamá, de verdad... Siento todo lo malo que he hecho estos últimos meses. Siento haberme comportado como un auténtico cabrón contigo.

— ¡Diego! —Exclamó apartándose de mí—. No digas esas cosas.

— ¿Acaso miento? —Le pregunté levantando una ceja.

—Estás confundido, es normal que...

—No me justifiques, mamá —sonreí con tristeza—, sé perfectamente lo mal que me he comportado todo este tiempo, lo pasota que me he vuelto y lo

mal que he hecho que lo pasaran las personas que me rodean... sobre todo Sara y tú.

Sonrió y estiró la mano para apoyarla en mi mejilla. La acunó sin dejar de mirarme con ojos brillantes.

— ¿Qué ha hecho que pienses de esta manera? —Me preguntó con un deje de sorpresa en la voz.

—Me he dado cuenta de que no puedo seguir así —me encogí de hombros.

Omití hablar de Ari y todo lo que había pasado el día anterior. Entonces recordé algo.

—Mi coche...

Entonces mi madre se apartó de mí y me lanzó una mirada furibunda. Adiós al momento de intimidad madre—hijo. Adiós a esa complicidad. Adiós a la sensación de estar en un lugar seguro mientras la abrazaba. Ahí estaba esa mirada que tanto miedo me había dado siempre. La misma mirada que utilizó el día que tiré a Sara vestida a la piscina (era el día en que se casó nuestra tía Eva y Sara era la que llevaba los anillos); la misma mirada de aquel día en que cogí el coche de mi padre sin permiso y lo estrellé contra un árbol en el camino que llevaba hasta nuestra casa; la misma mirada de la primera vez que llegué borracho a casa e intenté trepar hasta mi ventana... terminamos en urgencias y yo con el brazo escayolado.

— ¿Me puedes explicar qué hacía tu coche en un barranco de la carretera, Diego? —Gritó con la vena de su frente empezando a hincharse—. ¿Tuviste un accidente y no fuiste capaz de llamarnos? Me tengo que enterar por la calle cuando José Luis, el guardia, ha venido a decirme que el coche de mi hijo estaba ahí abandonado y que debíamos llamar a la grúa si no queríamos que nos pusieran una multa. ¿Tú piensas alguna vez con la cabeza? Eso contamina, Diego, ¡contamina!

Hice verdaderos esfuerzos para no poner los ojos en blanco. Pero no pude evitar poner cara de incredulidad. La respuesta de mi madre fue pasar a la mirada de madre cabreada número dos. Estrechar los ojos, lanzamiento de rayos desintegrantes, dilatación de las aletas de la nariz, inspiración profunda y cruzar los brazos a la altura del pecho.

—Espero que tengas una buena excusa...

—Esto... yo... —me removí inquieto y miré a mi alrededor. ¿Qué le decía?

— ¿Ibas drogado?

Lo soltó así, sin más. Me quedé inmóvil y la miré todo lo inocentemente que pude. Pero mi madre me había visto en demasiadas ocasiones completamente colocado. Había intentado hablar conmigo al respecto, había pedido a Sara que hablara conmigo, incluso intentó que fuera a un psicólogo. Pero yo me negué a todo. Y ella había estado viendo cómo me hundía en esa mierda sin poder hacer nada, sin que yo mismo quisiera hacer nada por salir. Ya no quería seguir así, no quería mentirla más, no quería hacerla sufrir ni una sola vez más en mi jodida vida.

—Sí —admití con voz firme pero agachando la mirada.

Suspiró y se hizo el silencio entre los dos. Me atreví a levantar la vista y la vi con los ojos cerrados y las mandíbulas fuertemente apretadas. Di un paso hacia ella pero levantó una mano que me impidió continuar.

—No, Diego. Estoy harta de tu actitud.

—Lo sé, mamá... por eso...

— ¡Cállate! —Gritó haciendo que me sobresaltara—. No digas ni media palabra. Llama a la grúa, que vayan a buscar tu coche y haz lo que te dé la gana con tu vida. Hoy es Nochebuena, cenaremos a las ocho y media. Eres muy libre de hacer lo que te plazca, si quieres venir, ven; pero no se te ocurra venir drogado o borracho. No te lo pido por el recuerdo de tu padre, te lo pido por ti.

Se dio la vuelta y me dejó ahí plantado con la boca abierta.

Me lo merecía. De eso estaba bien seguro.

Suspiré y me pasé una mano por el pelo. Estiré el cuello a ambos lados y me di la vuelta para ir hacia mi cuarto de baño. Me quité el pantalón de pijama que usaba para dormir y me metí en la ducha. El agua caliente me ayudó a despejarme. Cerré los ojos mientras dejaba que cayera sobre mi cara. Pensé en mi madre, pensé en Sara... pero, inevitablemente, mi mente fue hasta Ari.

Ariadna Sanz. La niña más guapa del mundo. Eso fue lo que pensé cuando la vi entrar en mi clase en quinto de primaria. Apareció de la mano de la profesora con su pelo castaño recogido en dos graciosas coletas. Llevaba una mochila de color rosa que parecía demasiado usada. No sonreía, parecía asustada. Peor que eso, parecía realmente atemorizada. No podía creer mi suerte cuando la profesora la mandó sentarse a mi lado. Vino mirando al suelo, caminando despacio arrastrando los pies. Se sentó en la silla del pupitre al lado del mío y sacó un cuaderno roído al que solamente le quedaban unas pocas hojas. Lo miré frunciendo el ceño.

—Ese cuaderno es muy viejo.

Me miró de repente y pude ver la vergüenza que le causaba llevar ese cuaderno. Se ruborizó y miró hacia sus manos entrelazadas, gesto de vergüenza que había permanecido en ella con el paso de los años.

—No importa —le sonreí mientras cogía mi cuaderno—, mira el mío.

Lo abrí por la mitad y empecé a arrancar hojas. Ella me miraba con la boca abierta, sin entender qué estaba haciendo. Yo arrancaba hojas sin parar y las iba dejando encima de la mesa. La miré una vez por el rabillo del ojo y la vi sonriendo mientras me miraba. Le sonreí de vuelta y su sonrisa se hizo todavía más grande. Creo que fue allí, en ese preciso instante, cuando me enamoré de su sonrisa y del brillo de sus preciosos ojos café. Aunque tardé unos años en darme cuenta de eso. Seguí arrancando hojas hasta que en mi cuaderno quedaron más o menos las mismas que en el suyo.

—Mira —le dije poniendo todas las hojas amontonadas entre los dos pupitres—, podemos usar estas hojas hasta que se acaben y después empezar nuestros cuadernos casi terminados.

Sonrió de nuevo y asintió con la cabeza.

—Soy Ariadna —murmuró.

—Yo me llamo Diego.

Me miró durante un largo rato en el que casi empecé a ponerme nervioso.

—Puedes llamarme Ari —dijo a la vez que me tendía la mano para que la estrechara.

Me quedé mirándola sorprendido, frunciendo el ceño. ¿Para qué leches me ofrecía su mano? Eso no se lo había visto hacer más que a los amigos de mi padre. El resto de la gente que yo conocía se daba un beso o dos cuando se veían. Por eso mismo me acerqué a ella y la besé en la mejilla.

—Encantado, Ari.

Sus mejillas se tiñeron de un precioso tono rojo y sonrió a la vez que parpadeaba un par de veces.

Justo entonces la profesora llamó nuestra atención y la clase empezó. Y esa fue la primera de otras miles de clases que Ari y yo compartimos juntos. La primera vez que la vi, la primera vez que la besé, la primera vez que me sonrió y la primera vez que sentí mi corazón latir de una manera extraña.

Poco después bajé al salón vestido con unos vaqueros y una sudadera de Loreak Mendian de color verde. Sara estaba sentada en el sofá leyendo una revista de cotilleos. Era fanática de la Cuore, aunque debo admitir que yo también le echaba un vistazo cuando nadie me veía. Una revista para mujeres en la que salen demasiadas mujeres en bikini, por mucho que sea para meterse con su celulitis o las raíces excesivas de su pelo teñido, era algo muy interesante que mirar para un tío. Me acerqué al sofá y me senté al otro lado de donde ella estaba. Ni se inmutó. Tomé aire y decidí comportarme bien. Había decidido cambiar y debía empezar de alguna manera.

—Hola, peque.

La vi frunciendo el ceño y girar la cabeza lentamente hacia mí. Bajó la revista y la dejó apoyada en su regazo.

—Hace siglos que no me llamas así —dijo con voz glacial—. ¿Qué coño quieres, Diego?

—Wow, Sara, menudo genio gastas... —reí levantando las manos en su dirección.

Bufó justo antes de negar con la cabeza y volver a su revista. Tendría que esforzarme un poco más con mi hermana. Era un hueso duro de roer.

— ¿Quieres que te lleve esta tarde a casa de Rober?

Eso sí que la descolocó por completo. Cerró la revista y la dejó sobre la mesita de té. Se giró por completo hacia mí y dobló una de sus piernas para sentarse sobre ella y quedarse mirándome de frente. Yo imité su movimiento.

—En serio, Diego, ¿qué te pasa? ¿El golpe de ayer te ha afectado a la cabeza o ha llegado el momento en que tantas drogas han hecho explotar tu cerebro?

—Ja, ja... muy graciosa, Sara... —tomé aire y la miré serio—. Quiero que sepas que siento mucho cómo te he hablado en tantas ocasiones y cómo he pagado todas mis mierdas contigo. No debería haberlo hecho y quiero que sepas que lo siento de veras.

Abrió los ojos de par en par y empezó a mirar en todas direcciones.

— ¿Dónde está la cámara? —Preguntó sin dejar de moverse—. Esto tiene que ser una broma de cámara oculta, es imposible que...

—Vale, idiota, ya lo pilló —la corté con gesto de hastío.

Se echó a reír y me cogió la mano.

—Sé que sientes todo lo que has hecho, ni siquiera hacía falta que me lo dijeras. Yo te perdono en el mismo momento en que sacas a pasear al

gilipollas que llevas dentro —me reí entre dientes al oírlo decir eso—. Pero sí me hubiera gustado tener más apoyo de tu parte cuando papá...

—Lo sé —la corté apretando su mano—, y lo siento también por eso. Necesitabas a tu hermano, no al gilipollas que reside dentro de él.

Sonrió y me encantó ver sus hoyuelos. Mi hermanita pequeña era una preciosidad, incluso cuando gritaba como una jodida histérica. Sus ojitos verdes, esos hoyuelos y su largo pelo negro liso le hacían parecer una modelo. Lo único que le faltaba era altura. Compensaba su mala leche con una sonrisa espectacular que acompañaba de una caidita de ojos que hacía que a cualquiera se le cayera la baba. Tenía un año menos que yo, diecisiete recién cumplidos. Llevaba saliendo con Roberto desde los quince. Al principio no me hacía ni pizca de gracia pensar en Sara con chicos, pero Roberto era un buen tío. Lo conocía desde que pasé al instituto de cursos superiores y jugamos juntos en el equipo de fútbol hasta que él se marchó a la universidad. Sara babeaba por él cuando venía a acompañar a mi madre a recogerme de los entrenamientos. Me perseguía por casa preguntándome tonterías sobre él sin parar. Cuando Sara pasó a mi instituto consiguió que él se volviera loco por ella, no necesitó más que esa sonrisa y esa caidita de ojos.

—Tú lo has dicho —me contestó asintiendo con la cabeza—. Eché de menos a mi hermano. Aunque de vez en cuando apareciera sin avisar.

Sonreí.

—No me he ido por temporadas demasiado largas.

—Pero no quiero que te vuelvas a ir ni siquiera por unas horas.

Asentí mientras notaba la calidez que había sentido la noche anterior inundando mi pecho. Ella me miró unos segundos y justo cuando me pareció que se le llenaban los ojos de lágrimas se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza.

—Sara... —balbuceé entre risas intentando no caerme hacia atrás— me duele...

Se apartó de mí enseguida y me miró asustada. Me llevé la mano al pecho y puse mala cara.

—Si es por el accidente... solo te diré una cosa —me miró fijamente un par de segundos, se puso muy seria—. Jódete, Diego.

Me eché a reír nada más oírlo. De repente me sentí tan bien, tan feliz de estar en ese exacto momento sentado al lado de mi hermana y de haber hablado de todas esas cosas que no pude evitarlo. Me reí a carcajadas. Como hacía

tiempo que no reía. Me reí tan a gusto que lloré mientras me agarraba el estómago. Sara se unió a mis risas y tuvimos que apoyarnos el uno en el otro. Creo que mi madre debió asustarse al escuchar nuestras risas ya que hacía meses que no se escuchaban en esa casa. Apareció tras la puerta de la cocina y nos miró a los dos con el ceño fruncido.

— ¿Sabes que... —empezó a decirle mi hermana entre risas— que el... el idiota de tu hijo... jajajaja... tiene dolores?

Yo pensaba que me iba a dar algo de todo lo que me estaba riendo. Mi madre nos miró con una mezcla entre extrañeza y diversión. Se acercó al sofá mientras se limpiaba las manos en un trapo que llevaba.

— ¡Que se joda! —Gritó Sara entre risas.

Yo aún me reí más alto todavía. Mi madre frunció todavía más el ceño pero terminó sonriendo. Y yo no pude más y me levanté del sofá, sin poder dejar de reírme, y fui hasta ella.

—Mamá... me duele...

Y se echó a reír conmigo. A reír como hacía meses que no la escuchaba. Y ese sí fue un sonido que me llegó al corazón e hizo que se expandiera en mi podrido interior. Comenzó a latir con un ritmo constante y feliz, bombeando sangre a todo mi cuerpo y haciéndome sentir vivo de nuevo. Una parte del peso que habitualmente cargaba conmigo desapareció radicalmente. El sonido de las risas de mi madre y mi hermana se llevó parte de mi dolor. Dejé que se fuera y rogué porque nunca más volviera.

La cena de Nochebuena fue todo lo bien que podría haber ido teniendo en cuenta que era la primera que pasábamos sin él.

Todo me lo recordaba.

Aunque mi madre había cambiado el menú para que la cosa no fuera tan similar al pasado seguía habiendo cosas que me recordaban que él no estaba. Mirar hacia el lugar que él hubiera ocupado en esa mesa y verlo vacío, no escuchar el sonido de su risa cuando mi madre no sabía cortar el asado como él decía que debía hacerse, la voz de Michael Bublé inundando la habitación mientras cantaba “All I want for Christmas is you”... Mi madre se negó a no poner villancicos siendo Navidad. Decía que por mucho que le dieran ganas de llorar necesitaba sentir que esos días eran especiales, que seguían siéndolo

pese a todo. Yo no lo entendía en absoluto. Era una jodida tortura estar escuchando esas letras llenas de alegría, de esperanza y pidiendo que le trajeran el regalo que tanto quería. "...solo te quiero para mí, más de lo que puedes imaginar, haz mi deseo realidad, ya sabes que todo lo que quiero por Navidad eres tú". Jodido Michael Bublé, Mariah Carey y toda esa cuadrilla de cantantes que se aprovechaban de los sentimientos de las personas en esas fechas para sacar pasta con esa mierda de discos.

Me hubiera levantado de la mesa y me hubiera ido al bar de Jimmy, probablemente Félix estaría allí y podría venderme algo que me ayudara a evadirme de toda esa mierda.

—Diego, cariño, ¿quieres abrir una botella de champán?

Miré a mi madre con el ceño fruncido.

— ¿Me estás incitando a beber, mamá?

Se rió y por un momento me pareció que parte de la tristeza de su mirada desaparecía.

—Creo que por unas copitas no nos pasará nada, ¿verdad? —Preguntó mirando a mi hermana.

—Yo me la bebería...

—Las mujeres de esta casa son unas alcohólicas —reí levantándome de la mesa y yendo hacia la nevera.

Saqué una botella de Moët & Chandon mientras la sonrisa se borraba lentamente de mi rostro. Observé la botella. Las gotas se deslizaban por el frío vidrio verde. A Ricardo le encantaba el Moët. Sonreí recordando cómo le gustaba que brindáramos todos juntos esa noche. Sara y yo nos echábamos un poco de agua para rebajarlo, pero el último año nos dejó bebérselo tal cual. Ya estaba enfermo. Dijo que quería que fuera una Navidad como cualquier otra aunque más especial. Fue su última Navidad. Cerré los ojos. Cuando los abrí me di cuenta de que se me había nublado la vista a causa de las lágrimas.

Joder, cuantísimo le echaba de menos...

Fui hacia la mesa donde mi madre y Sara conversaban acerca de algo pero se callaron al verme llegar.

—Un buen champán, mamá —le dije volviendo a sentarme.

—El de siempre, cariño.

Me sonrió con calidez pero vi cómo observaba la botella con nostalgia. No me demoré más y la abrí, eché champán en nuestras tres copas y dejé la botella sobre la mesa.

— ¿Queréis hacer un brindis? —Preguntó mi madre.

Sara cogió su copa y la observó con la mirada perdida. De repente se puso de pie y la vi frunciendo los labios. Iba a llorar. La conocía demasiado bien como para no ver que estaba aguantándose las lágrimas.

—Por papá —empezó mirando al lugar que él hubiera ocupado en la mesa—. Te echo de menos... ojalá estuvieras aquí...

La miré intentando aguantar mis propias lágrimas. Levanté la copa en el aire y me la bebí de un trago. Escuché a mi madre sollozar a mi lado. Apoyé los codos en la mesa y enterré la cara entre mis manos. Oí a Sara acercarse a ella y decirle palabras de aliento, supuse que se abrazaron. Yo no quería abrazos, no quería lágrimas... Quería a mi padre de vuelta.

Me levanté de repente haciendo que mi silla se cayera al suelo. Sobresalté a Sara y a mi madre, que me miraron con los ojos llenos de lágrimas.

—Diego... —empezó mi madre en un susurro.

—No, mamá... lo siento, tengo que salir de aquí.

Y me di la vuelta para salir de esa sala, para salir de esa casa, para escapar de los recuerdos y de la tristeza. Cogí las llaves del coche de Teresa. Fuera nevaba. Mierda de nieve... Ni me había acordado de coger mi abrigo. Me monté en el BMW y arranqué. Necesitaba ir a ver a Félix. Necesitaba algo...

Dije que no me metería más mierdas, dije que ya no quería más de eso en mi vida, pero lo que no quería en realidad era recordar. Y las drogas me ayudaban a no hacerlo. Las necesitaba.

Conduje por las calles desiertas de Castillo. Nochebuena a las once de la noche. Todo el mundo estaría en sus casas. Las ventanas alumbradas y el humo saliendo de las chimeneas dejaban claro que esa era una noche familiar, para estar en casa. Pero no en la mía. No rodeado de recuerdos y lágrimas. Seguía nevando, los limpia parabrisas casi no daban abasto para apartar toda la nieve que caía. Disminuí la velocidad. Lo último que quería era otro accidente, y menos con el coche de mi madre. Miré por la ventanilla y me di cuenta de que estaba en una calle a la que hacía mucho tiempo que no iba. Paré el coche y respiré hondo. ¿Qué me había traído hasta allí?

Las ventanas iluminadas dejaban claro que estaban allí. Tras la cortina de color blanco del salón se podía adivinar el árbol de Navidad, adornado con esas lucecitas que se encienden y se apagan. Sonreí. Le encantaba decorar el

árbol. Vi que en la puerta habían colocado ese horrible adorno de todos los años. Casi podía verlas a las dos colocándolo con la ayuda de hilos y celo. Miré hacia arriba y vi luz en su habitación. Fruncí el ceño. ¿Estaría allí en lugar de estar con su madre? Sentí la tentación de bajar del coche y trepar hasta su ventana como tantas veces había hecho en el pasado. Casi me reí de mi propia imaginación. Si me colaba por su ventana entonces lo más probable era que llamara a la policía.

Pero sin darme cuenta apagué el motor y saqué la llave del contacto. Abrí la puerta y salí al exterior. Sentí los copos de nieve cayendo sobre mi cabeza. Alguno incluso se deslizó por el cuello de mi jersey y me provocó un pequeño escalofrío. Miré a la ventana de su habitación y vi una sombra pasando frente a la cortina. Estaba ahí. Tan cerca y a la vez tan lejos. Tan accesible y a la vez tan imposible.

Puede que estuviera pensando en él también. Después de todo yo no era el único que había perdido a un ser querido. Ari siempre había echado de menos a su padre especialmente en esas fechas. Solíamos ir juntos a visitarle al pueblo de Navarra en el que le enterraron cuando murió. Recuerdo que me pedía que les acompañara a ella y a su madre porque decía que si yo estaba a su lado todo era más sencillo. Sonreí ante aquel recuerdo inesperado. Puede que entonces también necesitara a alguien que le hiciera sonreír. Igual que yo.

Sin pensármelo más fui hacia el lateral de la casa y emprendí mi ascensión. Había subido tantísimas veces a su ventana que me sabía de memoria cómo hacerlo. Primero trepar por la tubería hasta llegar al tejadillo, agarrarme con fuerza a la canaleta y balancearme para apoyar una pierna en las tejas, darme impulso y subir hasta el tejado, arrastrarme un poco encima de las tejas con cuidado de no mover ninguna y ya estaba al lado de su ventana, dos simples golpecitos y ella abría con esa sonrisa en el rostro.

Pero hacía demasiado tiempo que no subía y añadamos que estaba nevando y era casi medianoche. En cuanto me agarré al tejadillo e intenté darme impulso una de las manos se me soltó y caí al suelo como si fuera un saco lleno de piedras. Joder, me pegué un buen golpe, además de mojarme todo el jersey y llenarme el cuello de nieve. Estaba helado. Pero aún así volví a intentarlo. Me agarré con más fuerza esa vez y conseguí darme el suficiente impulso para subir al tejado sin problemas. Miré hacia abajo y empecé a rezar para que ninguna teja se moviera de su sitio y volviera a caerme.

Maldita sea la hora en que se te ha ocurrido subir al puto tejado, Diego.

Llegué hasta la ventana de Ari acojonado perdido pero sano y salvo. Entonces me planteé qué coño hacía allí realmente. ¿Qué se supone que le iba a decir entonces? “Hola, Ari, pasaba por aquí y pensé en visitarte...” Joder, menuda mierda. Me asomé ligeramente al borde del tejado y me di cuenta de que estaba bastante alto. Y joder... me estaba congelando. Empecé a tiritar y me castañearon los dientes.

— ¡Mierda! —Exclamé al darme cuenta de lo gilipollas que era.

Justo entonces la cortina de la ventana se movió y vi una sombra asomarse. Igual me había oído. Me estiré hacia allí y asomé la cabeza un poco para ver si era Ari. En esos momentos estaba entrando en estado de hipotermia y me importaba una mierda todo lo demás.

— ¡Joder!

El grito que pegó Ari cuando me vio asomado en su ventana me hubiera hecho reír en cualquier otra situación, en serio, pero no cuando estaba a punto de morir congelado. Abrió la ventana mirándome como si fuera un loco demente recién escapado del psiquiátrico. Perfectamente podría haber pasado por uno.

— ¿Estás tonto? —Exclamó mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Qué coño haces aquí?

—F—feliz... N—n—navidad Ari... —tartamudeé debido al frío.

—Dios, Diego, estás helado —murmuró echándose hacia atrás y abriendo un poco más la ventana—. Entra o te va a dar algo.

—G—gracias.

Entré en su habitación y de nuevo viajé en el tiempo. Estaba casi igual a antes. Sentí un tremendo dolor en el pecho al darme cuenta de que las pocas cosas que habían cambiado eran las referentes a mí. La foto que solía haber en su mesilla en la que la abrazaba desde su espalda mientras los dos sonreíamos en el lago del instituto había desaparecido. El peluche que le regalé ya no descansaba sobre su cama. Ni una de las fotos mías que adornaban el corcho que tenía frente al escritorio seguía allí. Me pregunté si todavía tendría mi camiseta del equipo de fútbol que me quitó tras un partido, solía usarla para dormir y era una de las pocas cosas que no me devolvió con el resto de mis regalos.

Pero todo lo demás estaba exactamente igual. La colcha en tonos naranjas, las almohadas de colores chillones que normalmente estaban en el suelo, la lámpara que la alumbraba mientras leía en la cama, los pósters de

Muse y de Green Day en las paredes, las zapatillas colocadas justo al lado de la puerta... Sonreí mientras me abrazaba a mí mismo intentando darme algo de calor.

—Esto está... como siempre —musité mirando su escritorio.

La sentí pasar a mi lado, fue hacia el armario y lo abrió. La observé detenidamente. Llevaba el pelo más largo, caía en cascada por su espalda formando pequeñas ondas. Se giró mientras lanzaba a la cama lo que me pareció una camiseta. Me gustaba el flequillo ladeado que llevaba entonces. Le hacía la cara más alargada y caía graciosamente por su ojo derecho, cubriéndolo la mayor parte del tiempo. Llevaba puestos unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga larga de color rojo con cuello ancho, dejando a la vista su hombro izquierdo. Estaba preciosa. Como siempre. Llevara lo que llevara yo siempre la vería preciosa. El tono oscuro de su piel combinaba a la perfección con el color café de sus ojos ligeramente rasgados. Siempre me habían gustado esos ojos, sobre todo cuando sonreía y se achinaban ligeramente, brillando divertidos con la situación. Cuando Ari sonreía el mundo dejaba de girar. Sé que suena como la mayor gilipollez del mundo, lo más romántico empalagoso que un tío como yo podría decir, pero es la pura realidad. La sonrisa de Ari era lo máximo. Cuando esa sonrisa aparecía en su rostro y dejaba ver sus dientes blancos perfectamente alineados... Se me olvidaba cómo debía respirar. Sus labios rosados estaban proporcionados, por mucho que ella siempre se quejara de que el superior era más gordo que el inferior y que le hacía parecer rara. Yo siempre le decía que eso era una estupidez, que si ella misma supiera lo que se sentía al besarlos dejaría de decir esas tonterías. Besar a Ari era...

—Toma.

Su voz me hizo dejar de pensar en todas esas cosas. Menos mal.

—Puedes ponerte esto mientras tu ropa se seca.

Estuve a punto de hacer una gracia acerca de sus intenciones para que me desnudara pero la deseché. Todavía no era el momento de hacer bromas con Ari. Además, estaba tan seria que dudaba mucho que fuera a hacerla reír.

—Gracias —murmuré cogiendo la camiseta y la sudadera que había dejado sobre la cama.

—Iré un momento al baño mientras te cambias.

Y salió de la habitación sin mirarme siquiera. Me quedé impactado por el tono cortante de su voz. Pero, de todas maneras, ¿qué coño esperaba? Me

acababa de colar por su ventana, dándole un susto de muerte, sin tener ningún derecho a aparecer por ahí. Supuse que mucha gracia no le había hecho. Aunque... no me había dicho que me fuera. Ni siquiera había gritado preguntándome qué cojones hacía allí. Me quité el jersey y la camiseta a la vez. Joder, estaba congelado. No me había mandado a la mierda. Aunque puede que no quisiera gritar ni montar el espectáculo porque su madre estaba abajo. Probablemente fuera eso. No me iba a ilusionar. Me puse la camiseta que me había dejado y fui hacia el radiador. Coloqué las manos en él y me quedé mirando la pared.

Esa habitación siempre había tenido un aroma especial. Aroma a Ari. Sonreí justo cuando la puerta se abrió. Me giré por completo y la vi entrar con una taza humeante en la mano. Fruncí el ceño. Ella cerró la puerta tras de sí y echó el pestillo.

—Te he subido una taza de leche caliente —me la tendió sin mirarme a los ojos, me pareció que se ruborizaba ligeramente—, con cacao, como a ti te gustaba...

Sonreí mientras la cogía.

—Gracias, Ari.

Ella frunció los labios y asintió con la cabeza. Siguió sin mirarme. Se dio la vuelta y fue a sentarse en la silla frente a su escritorio. Cogí la taza con ambas manos, dejando que el calor que emanaba me reconfortara. Suspiré mientras aspiraba su aroma. Joder, leche con cacao. ¿Hacía cuánto no me tomaba una taza de esa mierda?

—Diego...

Me giré hacia su voz. Estaba mirando sus manos entrelazadas encima de su regazo.

— ¿Me vas a explicar qué cojones haces aquí en Nochebuena?

Sonreí. Me esperaba esa pregunta hacía un buen rato. Por lo menos su tono de voz, aunque ligeramente hostil, había respetado el límite de decibelios.

—Sinceramente, Ari... No tengo ni puñetera idea.

Levantó la mirada de su regazo y me miró fijamente. Nuestros ojos se encontraron y me perdí en ellos. Sé que no debería mirarla con tanta intensidad, de veras lo sé, pero estando con ella en esa habitación, solos, rodeados de recuerdos, sintiendo una calidez extraña expandiéndose por mis venas... no pude evitarlo...

—No me mires así —soltó apartando la mirada.

—Lo siento —murmuré volviendo a mirar la taza de leche.

Contrólate, maldita sea.

Tomé aire lentamente y me quedé mirando al frente. Donde debían estar mis fotos, justo frente a su escritorio, ahora había fotos con otras personas. Reconocí a Carlos entre ellos y sentí una punzada de celos y rabia. Se suponía que Ari y él estaban juntos desde hacía un par de meses. Eso era lo que se murmuraba por el instituto. Y verles juntos en la hora del almuerzo y tal y como les vi el último día de clases lo corroboraba. Apreté con fuerza las mandíbulas. Odiaba a ese imbécil. No era la persona adecuada para ella, no lo era. Había sido un gilipollas mujeriego que había ido de flor en flor durante los dos últimos años de instituto. Perfectamente Ari podría llevar una cornamenta digna del mismísimo padre de Bambi.

— ¿Estás con Carlos?

Mierda. Pregunta no autorizada para salir por mi boca.

—A ti que te importa.

Respuesta seca, cortante y con claro matiz de cabreo. Perfecto. Eso me pasaba por meterme donde no me llamaban. Pero no podía evitar querer saber más, no podía evitar decirle todo lo que pensaba.

—No me gusta.

Me giré a mirarla y ella soltó una carcajada sin humor. Ladeó la cabeza y me miró fijamente, sonriendo de manera cínica, casi dándome miedo.

—No tiene que gustarte a ti —remarcó las dos últimas palabras—. No te metas en mi vida, Diego.

—Lo intento... —murmuré— pero no puedo evitarlo.

Soltó un bufido y se llevó las manos a la cara en claro gesto de frustración. La miré fijamente y di un par de pasos hacia ella sin ser muy consciente de ello. Entonces levantó la vista y me vio delante de ella, con la taza en la mano y sin poder apartar los ojos de su rostro. Pestañeó un par de veces y suspiró.

—Diego... creo que será mejor que te vayas de aquí. Mi madre está abajo y si sigues diciendo estupideces es más que probable que empiece a gritarte como una loca. Quiero evitarme darle un susto de muerte.

Sonreí. Di un par de pasos hacia ella. Ya estaba justo al lado de su escritorio. Dejé la taza de leche sobre él y me agaché frente a ella, quedando justo a la altura de sus ojos café. Nos miramos fijamente y de repente algo

flotó entre nosotros. Una especie de fuerza, electricidad, chispas... no lo sé, pero fue como si el tiempo se detuviera. Sé que ella lo notó aunque apartó la mirada de la mía y se quedó observando algo que había sobre el escritorio.

—Ari... —empecé sin moverme de donde estaba—. Siento mucho todo lo que te hice. Siento haberte gritado aquel día en mi casa delante de toda esa gente...

—De todos nuestros amigos y familias, querrás decir.

—Eeerr... sí —admití algo avergonzado. Justo entonces volvió a mirarme a los ojos. Tragué saliva, debía continuar hablando—. Siento eso y todo lo que hice cuando... cuando mi padre murió. No debí pagarla contigo, en realidad no debí pagarlo con nadie. Ni tú ni mi madre ni Sara tuvisteis la culpa de que eso pasara... Simplemente estaba aterrorizado, aún sigo estándolo...

Sus ojos brillaban y me intentaban mirar con dureza, pero yo veía el atisbo de su dulzura y su redención.

—Y después me convertí en un imbécil. No debí hacer todas las cosas que hice.

— ¿Te refieres a liarte con esas zorras durante el Festival del día de las Flores delante de todo el pueblo? —Soltó con enfado, vi cómo apretaba los puños con fuerza—. ¿O te refieres a dejarme tirada en el bosque las últimas tres veces que quedamos porque estabas tan drogado que ni siquiera recordabas que habías quedado conmigo? Dime, Diego, ¿a qué de todas estas cosas y otras más te refieres?

Cerré los ojos y agaché la cabeza.

—Yo también perdí a mi padre, ¿recuerdas?

Fruncí el ceño e hice verdaderos esfuerzos para retener el nudo de mi garganta, pero no fue suficiente. Cuando abrí los ojos no podía verla con nitidez porque las lágrimas nublaban mi visión.

—Lo sé... —musité a la vez que una lágrima se deslizaba por mi mejilla.

—No sé qué te hice para que me trataras así —murmuró negando con la cabeza. Por su rostro pasó la más terrible mueca de dolor. Me partió el alma.

—Tú no hiciste nada, Ari —me apresuré a decir cogiendo una de sus manos—. Fui yo. Yo soy el gilipollas que ha destrozado todo.

Me miró a los ojos y vi cómo las lágrimas se le escapaban sin que ella pudiera hacer nada. Mi corazón latía a una velocidad completamente anormal, en parte debido a lo nervioso que estaba por estar tan cerca de ella, cogiendo incluso su mano, y en parte por estar hablando de eso con ella. Llevaba tanto

tiempo guardándolo dentro que había empezado a enquistarse. Era una herida profunda que jamás cicatrizaría. Pero necesitaba pedirle perdón, aunque no me lo concediera. Tenía que sacarlo fuera. Debía hablarle de toda la mierda que pasó por mi mente en aquellos días en que mandé la historia de amor de mi vida al carajo. Debía sacarlo fuera por mí propio bien. Aunque también se lo debía a ella. Se merecía una explicación que jamás le di. Y le iba a doler, eso lo sabía, pero... era necesario si quería que las cosas volvieran a ser como eran. Porque de otra cosa no estaba seguro en mi jodida vida excepto de que iba a hacer cualquier cosa que fuera necesaria para recuperarla, costase lo que costase, no me iba a rendir.

Ari me miraba con sus ojos café cubiertos de lágrimas mientras mi mano descansaba sobre la suya. Sin saber muy bien cómo, mi dedo pulgar empezó a dibujar círculos en la suave piel de su dorso. Ella bajó la mirada y observó mis movimientos.

—Diego... —susurró con voz afectada. No supe si era por mis caricias o porque estaba a punto de gritarme que dejara de tocarla así que decidí no tentar más a la suerte. Aparté mi mano.

Me puse de rodillas en el suelo. Una postura muy adecuada para lo que iba a hacer a continuación. Pero en realidad fue porque me dolían las piernas de estar en cuclillas y necesitaba descansarlas un poco. Ari me miró fijamente de nuevo y se limpió las lágrimas con la manga de la camiseta.

—No sé por qué dejo que me veas llorando —dijo con un amago de sonrisa.

—No es la primera vez.

—Lo sé, pero es diferente. Lo odio.

— ¿Me odias?

Aguanté la respiración esperando su respuesta. Seguro que me odiaba. Lo sabía. Tenía más que claro que después de cómo la traté debía tener montado una especie de altar satánico en donde me realizaba vudú y otros hechizos de magia negra. Joder... puede que por eso fuera tan jodidamente emo...

Ari me miró una fracción de tiempo indefinida. Creo que se debatía entre decir la verdad o mentirme. No sé el tiempo que pasamos mirándonos a los ojos. Yo desde el suelo, arrodillado y con el corazón latiéndome a una velocidad alarmante. Ella sentada frente a mí, con los ojos llorosos pero

tremendamente guapa. De repente apartó la mirada y se tapó la boca con la mano ahogando un sollozo. Me incorporé inmediatamente y estiré los brazos para coger sus manos. Pero ella negó con la cabeza y se echó hacia atrás en la silla. Me quedé parado en mi sitio. No quería que la tocara.

—Vete, por favor —pidió entre lágrimas y con la voz llena de tristeza—. No sé qué haces aquí diciéndome todas estas cosas ahora. No sé a qué has venido pero quiero que te vayas. Por favor, Diego...

Fruncí el ceño y tragué en seco. No podía verla sufrir así, no podía seguir haciéndole daño aún cuando intentaba solucionar las cosas con ella. No era la manera. Joder, ¡claro que no lo era! ¿Desde cuándo la forma ideal de pedir perdón es colándote en casa de tu ex en medio de la noche? Y menos todavía esperar que me escuchara. Era completamente lógico que quisiera que me marchara. Así que me puse de pie y suspiré. La miré intentando memorizar todo de ella, intentando que todos y cada uno de sus detalles se quedaran grabados en mi mente. La peca que tenía encima de la clavícula izquierda, la pequeña cicatriz en la ceja derecha, los matices rojizos que tenía su pelo según cómo le daba la luz, la pequeña arruga que se formaba en su entrecejo, el aroma que emanaba en esos momentos... No quería olvidar nada porque probablemente esta fuera la última vez que estaba tan cerca de ella.

Levantó la vista de lo que fuera que miraba de su escritorio y me miró. Puede que me lo imaginara, pero por un momento me pareció ver una de sus miradas de antes. Una de esas miradas que me regalaba de vez en cuando que lo querían decir todo. Una mirada en la que me decía sin palabras que me quería y que lo nuestro iba a ser para siempre. Una mirada en la que podía ver que ella y yo éramos almas gemelas y...

—Tendrás que salir por la ventana, no quiero que mi madre sepa que has estado aquí.

Muy bien. Perfecta manera de joder mi momento emotivo mental. Ni de coña había sido una de aquellas miradas. Puede que las drogas sí me hubieran afectado al cerebro después de todo. Comenzaba a ver cosas que no eran.

Tomé aire y lo mantuve en mis pulmones un par de segundos mientras Ari se ponía de pie e iba hacia la ventana. Parpadeé y lo dejé salir lentamente. Hasta ahí habíamos llegado. Fruncí los labios y estiré el brazo para coger el jersey que me había dejado sobre la cama. Me lo puse mientras caminaba hacia ella.

—Mi ropa... —empecé cuando llegué justo a su lado.

—No te preocupes, te la llevaré a clase.

Asentí. Miré por la ventana. Seguía nevando. Y tenía que volver a bajar por el tejado. Perfecto. Acojonantemente perfecto.

—Ten cuidado.

Me giré ante sus inesperadas palabras. ¿De verdad acababa de decir eso? Sonrió al ver la expresión de mi rostro.

—Que quiera que te vayas no significa que quiera que te caigas de mi tejado.

Sonreí.

—Pensaba que me odiabas y que no sería tan malo verme caer desde esta altura.

Se encogió de hombros sin dejar de sonreír. Miró por la ventana y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No te odio, Diego.

Fue un susurro. Un simple susurro que hizo que mi pecho se hinchara. Ella parecía no haberse dado cuenta de lo que había dicho, de lo que esas simples palabras significaban para mí. Miraba por la ventana fijamente.

—Gracias —murmuré realmente agradecido por su sinceridad.

Volvió la cara hacia mí y me miró a los ojos. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa y asintió.

—Es Navidad... —se encogió de hombros de nuevo— no son fechas para el rencor.

— ¿Cómo puedes decir eso después de cómo te traté?

—No vuelvas a la carga, Diego —dijo cerrando los ojos y negando con la cabeza—. Quédate con lo que te acabo de decir y no seas el capullo que sueles ser. Cierra la puta boca.

Me eché a reír y ella se rió conmigo. Joder. Ari riéndose conmigo. En realidad la Navidad no era tan mala como esperaba. Todo con ella siempre era mejor de lo esperado. El sonido de nuestras risas era maravilloso, no lo recordaba tan perfecto. O puede que estuviera tan locamente enamorado de ella que hiciera lo que hiciera me parecería maravilloso y perfecto.

—Buenas noches, Ari —le dije sonriendo mientras ella me abría la ventana.

—Buenas noches.

Saqué una pierna al exterior y noté cómo el frío me penetraba hasta los huesos. Joder, esa vez tenía que hacerlo bien, nada de caídas al suelo, por

favor.

— ¿Sería demasiado pedir que no te movieras de aquí mientras bajo? —
Le pedí una vez tuve todo el cuerpo fuera.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Si me caigo y me parto el cuello me gustaría que alguien se enterara y llamara a una ambulancia.

— ¡No seas idiota! —exclamó dándome un golpe en el hombro.

Me tambaleé en el tejado y Ari corrió a cogerme del brazo para que no perdiera el equilibrio. Por supuesto que no lo iba a perder, estaba perfectamente colocado, pero le puse un poco de cuento al asunto. Sonreí internamente. La cara de preocupación de Ari me demostró que, aunque fuera mínimamente, no quería que me pasara nada malo. O puede que simplemente no quisiera que un idiota se cayera de su tejado y fuera la noticia de esas navidades en el pueblo... Bueno, preferí quedarme con la primera idea que pasó por mi mente. Que Ari se preocupara por mí era mucho mejor que lo otro.

—Tranquila —susurré—, estoy bien.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Nos quedamos mirando fijamente. De nuevo intensidad, electricidad, chispas, energía... no lo sé, pero podía sentirlo perfectamente. Y ella también. Entreabrió la boca un poco y vi cómo sus pupilas se dilataban. Tragué en seco y reprimí las ganas de acercarme a ella e intentar besarla. Entonces sí que me daría un empujón de verdad y terminaría en el suelo con algún hueso roto. No era el momento de hacer el capullo.

—Descansa, Ari.

Sonrió de nuevo y su rostro se iluminó por completo.

—Igualmente, Diego.

Le sonreí y decidí añadir a nuestro momento algo más propio de mí. Le guiñé un ojo. Su sonrisa se hizo más grande y creo que vi sonrojarse ligeramente sus mejillas. Decidí no centrarme más en sus reacciones y empezar mi descenso mortal. Debía concentrarme y tener tan presente su sonrisa y sus cálidos ojos mirándome de esa manera...

Joder, Diego, a lo que estás.

Cierto, esos pensamientos no me ayudaban en absoluto.

Empecé a bajar con cuidado, con mucho cuidado. La nieve había cuajado

y ya habría un par de centímetros en el tejado. Hacía un frío de mil demonios. Caminé por el tejado haciendo equilibrios y llegué hasta el borde. Me agarré al tejadillo y me dejé caer hasta el suelo con cuidado. Aunque, como era de esperar, me caí largo en la nieve. Pero no me cabréé ni me enfadé con el karma, al contrario. Ahí, tumbado sobre la nieve, con los copos cayendo sobre mi cara, sonreí como hacía tiempo que no lo hacía.

Había merecido la pena ir hasta allí.

— ¡Diego! —La voz de Ari gritando en susurros. Me incorporé—. ¿Estás bien? ¡Diego! ¿Me oyes?

Fui corriendo sobre la nieve hasta debajo de su ventana y le hice un gesto con la mano.

—Sano y salvo —le contesté en un susurro.

Me sonrió desde su ventana y la contemplé con la luz que salía de su habitación a sus espaldas. En serio, era preciosa. Me hubiera pasado toda la noche observándola sin ningún tipo de problema. Pero esa era mi intención, no la suya.

—Móntate en el coche o caerás enfermo, idiota.

Solté una carcajada al escuchar la habitual sutileza en sus palabras.

—Descansa, Ari.

—Igualmente —contestó desde su ventana—. Hasta luego, Diego.

Me quedé paralizado. Ella cerró la ventana y no pude contestarle. Había dicho hasta luego. No adiós. Nada de adiós. Hasta luego... Dos palabras que implicaban tanto. Hasta pronto, nos veremos un día de estos, a no mucho tardar, puede que mañana o pasado, hasta dentro de un rato... No tan contundente y conciso como un adiós. Nada de no nos vemos más en una temporada. Nada de adiós... hasta luego...

Me metí en el BMW de Pilar con una sonrisa en la cara que rozaba lo grotesco y con unas ganas tremendas de volver a ver a Ari. No sabía cuándo, ni cómo, ni dónde, pero estaba completamente seguro de que ese hasta luego iba a ser pronto, muy pronto.

Me acosté con una sensación agrisada aquella noche. El rato que pasé con Ari me había hecho mucho bien, me sentía mucho mejor conmigo mismo pero el hecho de haber dejado colgadas a mi madre y a Sara me hizo sentirme

culpable desde el momento en que puse un pie en mi casa de nuevo. Las luces ya estaban apagadas así que me fui a dormir directamente, sin asomarme a sus habitaciones por miedo a que me miraran con algo de reproche o con tristeza. Así que cuando me levanté y miré el reloj esa sensación agrídulce se intensificó. Eran tan solo las siete y media de la mañana. Mi jodida conciencia no me estaba dejando pegar ojo así que me levanté y me di una ducha reconstituyente. Una vez estuve metido en mis vaqueros y mi sudadera calentitos me quedé mirando por la ventana.

No solía darme cuenta realmente de dónde vivía. Jamás me fijaba en lo que me rodeaba porque estaba tan habituado a verlo que había carecido siempre de importancia. Estaba allí, sin más. Pero en ese momento, no sé por qué, me di cuenta del paraje tan precioso en el que vivía.

Los árboles cubiertos de nieve, abetos, pinos y pequeños helechos cubiertos de ese manto blanco. El cielo estaba nublado entonces, puede que saliera el sol a lo largo del día. Casi no había luz pero la tonalidad de esa mañana, el conjunto de colores blancos y verdes era espectacular. Quitaba el aliento. El bosque que rodeaba mi casa siempre había sido un lugar en el que jugar, un lugar en el que esconderme cuando era pequeño, un sitio en el que refugiarme de los malos momentos o en el que celebrar las alegrías. Solía quedar allí con Ari. Sonreí. También tenía una especie de casa hecha con ramas en la que Sara y yo nos escondíamos cuando hacíamos alguna trastada en casa. Sonreí todavía más. Ese bosque que siempre había estado allí pero al que tan poco aprecio había tenido. De repente me pareció maravilloso vivir donde vivía. Tener el privilegio de despertar con esas vistas era algo que agradecer.

Justo entonces un montón de nieve cayó de una de las ramas de los árboles frente a mi ventana haciendo que varios pájaros salieran volando de su nido. Apoyé la frente en el cristal de la ventana y dejé que mi respiración lo empañara mientras observaba una pequeña ardilla correteando entre la nieve. Observé el cristal y llevé un dedo hasta él. Sin darme cuenta escribí mi nombre. Me quedé observándolo mientras desaparecía junto con el vaho. Tomé aire y bajé a la cocina. No se oía ni un ruido. Mi madre y mi hermana estaban fritas completamente, puede que se terminaran la botella de cava entre las dos la noche anterior...

Saqué la caja de huevos de la nevera y lavé cuatro. Los casqué encima de un plato y empecé a batirlos. Coloqué una sartén en la vitro y cuando estuvo

caliente vertí el contenido del plato en ella. Lo removí hasta que quedó del gusto de Sara, sin babas pero no demasiado hecho. Odiaba los huevos con esa babilla que se forma a veces. Y ese desayuno navideño iba a ser a su gusto, se lo debía, así que todo fuera por mis mujeres.

Pensé en preparar zumo de naranja natural pero eso ya era demasiado, así que saqué el brick de la nevera y eché el líquido en una jarra que mi madre no usaba nunca. Así quedaba mucho más bonito.

Saqué unas rebanadas de pan de molde y las dejé preparadas al lado de la tostadora. No iba a hacerlas hasta que ellas llegaran porque no quería que se quedaran frías ni duras. Me entretuve en sacar la mantequilla y la mermelada de fresa de la nevera y las coloqué en la mesa junto con la jarra de zumo. Puse tres servilletas de papel de esas que usamos para las cenas especiales, las de colores que alegran la mesa entera. Coloqué cubiertos, vasos y platos y me senté a esperar a que esas dos holgazanas se despertaran.

Como ya eran más de las ocho y media de la mañana y no parecían tener intención de mover sus culos de la cama, subí al piso de arriba y fui directo a la habitación de mi hermana. Entré sin hacer ruido y fui de puntillas hasta su cama. Cuando era pequeño solía meterme debajo y empezaba a patalear en los listones del somier haciendo que el colchón subiera y bajara con ella encima. El problema es que ahora pesaba cuarenta kilos más y medía un metro más, así que si me metía debajo de la cama dudaba mucho que pudiera volver a salir. Así que opté por meterme dentro de las sábanas. Sara se removió un poco cuando el colchón se hundió con mi peso, pero no se despertó. Me acerqué a su lado y sonreí al verla con ese pijama tan horrendo de Hello Kitty. En serio, odiaba a esa jodida gatita.

—Sara... —susurré en su oído con voz de miedo, la voz que siempre le ponía cuando era pequeña para darle sustos, funcionaba siempre—. Saaaaraaaaaa.... Soy el hombre del saco...

Frunció un poco el ceño y se dio la vuelta hasta quedar bocarriba. Soplé en su oído y ella dio un manotazo en mi dirección, con tanta puntería que me metió un dedo en el ojo. Qué puñetera casualidad. Pegué un grito ahogado justo cuando ella pareció reparar en que había alguien a su lado en la cama. El grito que pegó en comparación con el mío fue de campeonato. Madre de Dios, hacía tiempo que nadie me pegaba semejante grito en el oído.

— ¿Tú eres tonto o qué te pasa? —Chilló incorporándose y empezando a golpearme.

Fue todo un detalle por su parte que no reparara en que yo ya estaba sufriendo e intentando cubrir mi ojo herido de sus manotazos, ojo que ella misma había dejado en ese estado.

—Sara, para, Sara —empecé aovillándome en la cama mientras ella se ponía de rodillas y continuaba con su maltrato hacia mi persona—. Joder, Sara, ¡estate quieta de una vez!

Justo entonces la puerta de su habitación se abrió de par en par y mi madre apareció con su bata de color gris perla, los pelos completamente revueltos y una expresión de acojone en su rostro que no hizo otra cosa que darme un ataque de risa.

Así que ese era el cuadro de la mañana de Navidad en mi casa. Mi hermana, con su pijama de Hello Kitty, golpeándome sin dejar de decir que era un idiota adoptado y mi madre en la puerta, agarrando una zapatilla en alto como si le fuera la vida en ello. En serio, esa es mi familia. Mi madre intentando proteger a su pequeña con la zapatilla, como si con eso fuera a provocar al posible ladrón o agresor algún tipo de daño.

¿Cómo no me iba a reír?

— ¡Diego! —Gritó mi madre entrando en la habitación—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? Me habéis dado un susto de muerte...

—Lo sé, mamá... —dije entre risas—. Te lo veo en la cara.

Justo en ese momento mi hermana dejó de golpearme y pareció reparar realmente en que mi madre estaba ahí plantada delante de nosotros con semejante cara. Empezó a reírse de repente y se dejó caer sobre la cama, es decir, encima de mí, sin ninguna preocupación. Ten hermanas para esto, casi me saca un ojo, ni siquiera me pide disculpas, me ataca física y psicológicamente y encima se me cae encima para descojonarse a sus anchas de nuestra pobre madre.

Al final terminamos los tres riéndonos sentados en la cama de Sara y cuando por fin conseguimos calmarnos les dije que tenía una pequeña sorpresa para ellas.

— ¿Sorpresa? —Preguntó mi madre enarcando una ceja—. ¿Vas a volver a marcharte de repente sin decirnos nada?

Ouch... Touché, mamá.

—Siento haberme ido ayer de esa manera, mamá. Te dije que iba a cambiar, y voy a hacerlo, de verdad. Pero tantos recuerdos, tantas imágenes en mi mente, tantos sentimientos encontrados... —tomé aire lentamente y las miré

a las dos.

—Te entiendo, cariño —dijo cogiéndome la mano—. Yo me sentía igual, pero no por eso me fui de casa como alma que lleva el diablo y os dejé aquí colgados a los dos. Es Navidad, Diego...

—Lo sé —asentí agachando la mirada—. Por eso quería hacer de hoy un día especial, para pedir os disculpas...

— ¿Qué? —Chilló mi hermana a mi lado dándome un susto de muerte—. ¿Tú pidiendo disculpas? Joder, Diego... estos días me estás dejando de piedra...

— ¿Dejaréis algún día de decir tantas palabrotas? —Exclamó mi madre con tono enfadado.

Miré a Sara y ella me miró a mí, torcimos el gesto un poco y negamos con la cabeza a la vez.

—No —dijimos al unísono justo antes de echarnos a reír.

Mi madre negó con la cabeza y se puso de pie.

—Venga, a ver esa sorpresa navideña que nos has preparado. Espero que no sea como la que me ha despertado porque te juro que casi se me sale el corazón por la boca pensando que había entrado un ladrón en casa.

—Sí, mamá —reí entre dientes mientras me ponía de pie y salía de la habitación—, era el hombre del saco.

Sara se rió detrás de los dos y juntos bajamos a la cocina. Corrí ante ellas para encender con mi mechero las velas rojas que había colocado en el centro de la mesa y fui a la encimera para meter las rebanadas de pan en la tostadora.

—Diego... —soltó mi madre con la sorpresa y cierto toque de... ¿emoción? plasmada en la voz.

—Feliz Navidad, señoras —e hice una reverencia al más puro estilo de la realeza.

—Muchas gracias, caballero —rió mi hermana sentándose en su sitio habitual—. ¡No me lo puedo creer!

Me volví a mirarla. Observaba la jarra de zumo como si fuera de oro con diamantes.

— ¡Has hecho zumo natural!

Asentí con la cabeza mientras una sonrisa se dibujaba en mis labios. Me di la vuelta para observar las tostadas y que no se quemaran. No quería echarme a reír delante de ellas. Les dejaría un poquito más con su ilusión.

— ¡Mentira! —Gritó mi madre de repente.

Me volví a mirarla y me estaba señalando con un dedo mientras en la otra mano mantenía el vaso con zumo falsamente natural. Me eché a reír y ella se unió a mis risas, estiró una mano que me acerqué a coger y fui hasta su lado. Pasó el brazo por mi cintura y me abrazó apoyando la cabeza en mi costado.

—Gracias, hijo, feliz Navidad a ti también.

Sonreí ante sus palabras y me agaché para besarla en el pelo.

Ya era día veintisiete y no había vuelto a ver a Ari. Me había planteado varias veces presentarme de nuevo en su ventana pero había decidido no hacerlo porque no quería agobiarla. Con una vez esa semana era más que suficiente, puede que a la semana siguiente volviera a intentarlo... Sonreí ante ese pensamiento mientras conducía hacia la casa de Roberto, el novio de mi hermana. Era su cumpleaños y había preparado una especie de merienda a la que había sido cordialmente invitado.

Roberto era mi amigo desde hace unos años, desde que comenzamos a jugar a fútbol juntos. La verdad es que yo no había sido lo que se dice un buen amigo durante los últimos meses, al contrario, había sido un amigo pésimo. Llevaba en la universidad tres meses y no había sido capaz de llamarle ni una sola vez. Sara me lo echaba en cara al principio, luego ya me dio por perdido y pasaba de mí completamente. Pero la verdad es que en esos momentos me arrepentía de haberme comportado así con Rober. Había sido un gran amigo, un gran apoyo en los momentos difíciles... aunque yo no hubiera sabido aceptarlo. Mucho menos agradecerse...

Roberto estuvo allí durante el funeral, abrazando a mi hermana, mirándome desde la distancia, observando mis movimientos. La verdad es que aquel día yo iba tan sumamente colocado que no recuerdo casi nada. Sé que no me comporté bien, ni con él ni con nadie. Pasé de todo el mundo y dejé que mi jodido pesar se adueñara de mí sin importarme una mierda los que me rodeaban.

Pero como había decidido dejar de ser un capullo y empezar a comportarme como una persona racional, allí iba yo, de camino a su fiesta de cumpleaños a la que había sido invitado pero con la boca pequeña.

No solo tenía que arreglar las cosas con Ari y mi familia...

Llegué a su casa y tuve que aparcar dos calles más allá porque estaba completamente lleno de coches. ¿Qué coño había hecho, invitar a todo el jodido pueblo? Me puse el gorro de color gris que Sara me regaló el día de Navidad y salí de mi ya arreglado coche (trescientos euros de arreglo y una bronca monumental por parte de Pilar había costado mi intento de hacer barranquismo con el coche). Caminé sobre la nieve con las manos metidas en los bolsillos de mi abrigo, hacía un frío terrible. Llegué a la puerta de la casa y llamé al timbre. Se escuchaba un murmullo constante de conversaciones. La puerta se abrió y la madre de Roberto me miró de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo. Supuse que estaría pensando: “ya está aquí el drogadicto del pueblo, ¿qué dirá Roberto si no le dejo entrar? ¿Está bien guardada la plata buena?” Sonreí ante mis propios pensamientos.

—Buenas tardes, doña Gloria —la saludé lo más educado posible—. Está usted estupenda, hacía mucho tiempo que no la veía.

—Gracias, Diego —asintió con la cabeza pero todavía con ese gesto desconfiado en el rostro. Ni se movió de la puerta. Claramente no tenía intenciones de dejarme entrar.

— ¡Diego!

Miré por encima del hombro de doña Gloria y vi a mi hermana agitando la mano. Sonreí y le correspondí de igual manera. Justo entonces vi que Roberto estaba a su lado.

—Déjale entrar, mamá —le dijo a su señora madre.

Ésta le dirigió una mirada de esas con el ceño fruncido, de esas que quieren decir algo así como ¿estás mal de la cabeza o qué? Pero finalmente pareció darse por vencida y se dio la vuelta para entrar en la casa. Ni siquiera me dijo adiós. Qué desagradable.

—Hola, Rober... —le saludé mientras entraba y cerraba la puerta.

—Diego —me miró fijamente, con gesto serio.

Sara nos miraba de hito en hito, primero a mí y luego a él. Parecía apurada con esa situación. Tomé aire y di un par de pasos hacia ellos. Saqué una de mis manos del bolsillo y la estiré hacia Roberto.

—Felicidades, colega —le dije con un amago de sonrisa.

Él me miró sin cambiar la expresión de su rostro. Incluso pensé que no iba a darme la mano. Casi pensé que iba a escupirme en la cara. Perfectamente podía haberlo hecho y yo no se lo hubiera reprochado. Estaba en su derecho de tratarme como a basura. Pero no fue así. Estiró el brazo y cogió mi mano

con fuerza para agitarla arriba y abajo.

—Gracias, Diego... —asintió con la cabeza—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo... —sonreí.

Soltamos nuestras manos y nos quedamos los tres en silencio. Hola, situación incómoda...

Decidí ir al grano. Si quería solucionar todas mis mierdas debía ser directo, no andarme con chiquitas y no alargar las situaciones por más tiempo.

—Rober, ¿podemos hablar un momento? —Le miré esperanzado—. Por favor.

Pestañeó un par de veces y soltó el aire que parecía haber estado manteniendo en sus pulmones. Miró a Sara y ella le sonrió, le acarició la mejilla y me miró a mí. Mi querida hermanita había movido sus hilos mágicos para ablandar un poco a mi antiguo amigo, de eso no me cabía la menor duda. Me sonrió y me guiñó un ojo. Le sonreí de vuelta. Nos dejó solos y Roberto me miró.

—Tú dirás.

— ¿Quieres un cigarro? —Le ofrecí.

Asintió y fue hacia el perchero para coger su abrigo. Se lo puso y los dos salimos por la puerta para sentarnos en las escaleras de la entrada. Saqué el paquete de tabaco del bolsillo y se lo ofrecí, cogió un cigarrillo y yo hice lo mismo. Encendí ambos y nos quedamos en silencio mientras les dábamos las primeras caladas.

—Lo siento —dije en un murmullo.

Chasqueó la lengua y se volvió a mirarme.

—Ya lo sé, imbécil.

Sonreí.

—Tenía que decírtelo —empecé mientras observaba el humo saliendo de las chimeneas de las casas de su calle—. Me he estado comportando como un auténtico gilipollas los últimos meses. Sé que todos estabais allí para apoyarme pero decidí que era mejor refugiarme en mí mismo que aceptar vuestra ayuda.

—Más vale tarde que nunca, Diego —me volví a mirarle y me encontré con sus ojos azules—. Fuiste un gilipollas, no te lo voy a negar...

Nos reímos los dos.

—Pero entiendo que reaccionaras así —siguió justo antes de dar una calada a su cigarrillo—. No sé cómo hubiera reaccionado yo en tu situación,

puede que no hubiera sido tan sumamente egoísta como tú fuiste. Y tampoco sé si me hubiera metido en esa jodida espiral de drogas, alcohol y sexo en la que tú te metiste... —agaché la cabeza, joder, se estaba despachando de lo lindo—. Pero entiendo que no todos somos iguales y no todos reaccionamos igual ante el dolor. Me hubiera gustado que confiaras más en mí, pero me alegro de que hayas venido hoy. En serio.

Asentí con la cabeza. Sentí su mano en mi espalda.

—Gracias, Rober...

—Todos cometemos errores... Y agradécele a Sara, no sabes el coñazo que me lleva dando desde hace una semana para que hablara contigo. Tienes una hermana que no te mereces, capullo.

Me dio un golpe en la espalda. Un golpe fuerte pero cariñoso. Me reí con él. Me sentía bien allí sentado con mi amigo pese a que mi culo estuviera empezando a entrar en estado de hipotermia severa. Estuvimos hablando de sus clases, de cómo estaba llevando esos primeros meses de cambio. Me dijo que tenía que ponerse a estudiar porque tenía exámenes en un par de semanas y todavía no había tocado un libro. Le hice jurarme que no le haría ninguna putada a Sara mientras estuviera allí. Me miró muy serio a los ojos y lo juró. Y yo me lo creí. Era mi amigo y los juramentos se cumplen.

— ¿Has visto quién ha venido? —Me preguntó mientras nos levantábamos para entrar en la casa.

Negué con la cabeza.

—Ari.

Y esa simple palabra fue suficiente para que se me olvidara lo congelado que estaba. Un calor inesperado se creó en mi estómago y comenzó a expandirse al resto de mi cuerpo. Miré ansioso a la puerta y casi me echo a correr hacia dentro de la casa para buscarla. Roberto se rió al ver mi cara y me palmeó amistosamente la espalda.

—No sé si ella te pondrá tantas facilidades como te he puesto yo...

—Yo no tengo ninguna duda de ello —sonreí nervioso—. Ari es dura de pelar.

—Y encima ha venido con Carlos.

¡Zas!

Eso sí que no me lo esperaba.

Fue como si me acabaran de tirar un piano encima. Como a los dibujos animados, como en la película de Roger Rabbit. Joder... Ari no había ido

sola. Había ido con el estúpido de Carlos.

—Juega bien tus cartas, Diego —me dijo mientras entrábamos en su casa de nuevo—. Ari estaba loca por ti.

—Tú lo has dicho... estaba...

—Del amor al odio hay un paso, ¿por qué no del odio al amor también?

Me eché a reír. ¿Qué coño de reflexión era esa? No tenía ningún sentido.

Caminamos hasta el salón y entonces la vi. Ahí estaba. Hablaba con alguna de sus estúpidas amigas mientras sostenía un refresco en la mano. Llevaba unos vaqueros claros y unas botas de nieve de color marrón. El pelo le caía en cascada por la espalda y combinaba perfectamente con el jersey de color negro que llevaba puesto. La observé unos segundos empezando a repetir en mi mente “date la vuelta y mírame, date la vuelta y mírame”. Y lo hizo. Increíble pero cierto. De repente se dio la vuelta y recorrió la habitación hasta que su mirada se posó en mí. Sus mejillas se tiñeron de rojo y mi corazón comenzó a bombear más rápido. Sonrió tímidamente y me miró con calidez. ¡Me miró con calidez! Le sonreí de vuelta y levanté la mano para saludarla desde la distancia. Justo entonces volvió la cabeza de nuevo y siguió hablando con quien quiera que estuviera hablando.

Seguí mirándola un poco más y vi cómo el asqueroso de Carlos se acercaba a ella y pasaba una mano por su cintura. La rabia hirvió dentro de mí. Tenía que hacer algo. Ari no podía estar con él, Ari tenía que estar conmigo. Ella y yo estábamos destinados a estar juntos.

Me pasé el resto de la tarde observándola como un jodido halcón. Y el cerdo de Carlos no se apartó de ella ni un solo segundo. Incluso la acompañó al baño. Me pareció una especie de protección de machito para dejarme claro que ese era su territorio y no tenía permitido el acceso. Cuando me lanzó una mirada asesina desde el otro lado del salón supe que mis suposiciones eran completamente ciertas.

Carlos y yo jamás nos habíamos llevado bien. No por nada en especial. Él no me gustaba y yo no le gustaba a él. Sin más. En primaria tuvimos un par de discusiones en clase, pero fueron por tonterías como quién usaba un compás o quién era más empollón. Por aquel entonces yo era un niño formal, sin malicia y con bastante inocencia que solamente se dedicaba a estudiar y a

ser un buen chico. Eso no debía hacerle mucha gracia a Carlos, que era una especie de repetidor—matón aún sin haber repetido curso jamás. Cuando pasó lo de mi padre las cosas cambiaron y yo pasé a ser la oveja negra del instituto y, en cierta parte, su competencia. No es que yo compitiera con él en ese aspecto, para nada, yo iba a lo mío completamente. Iba a clase pero no atendía, contestaba a los profesores, no me relacionaba con casi nadie, si alguien me hablaba casi le ladraba, me pillaron varias veces fumando porros en el baño, me echaron de clase otras tantas, me desmayé en clase de gimnasia por intentar saltar el potro yendo hasta el culo de pastillas, me lié a golpes con un idiota que se chocó conmigo en el pasillo... En fin, cosas de capullo, lo que solía ser por aquel entonces. La verdad es que no me sentía muy orgulloso de todas esas cosas. Pero para Carlos parecía haberme convertido en alguien a quién superar.

Pero eso fue solamente al principio. Porque cuando vio que lo mío con Ari se iba al garete aprovechó la primera de cambio para ponerse a su lado y consolarla. Y siendo su paño de lágrimas y su supuesto confidente se la ganó. No le culpo. Fue listo. Estuvo en el lugar correcto en el momento oportuno. Pero eso no quería decir que la mereciera. Él jamás se merecería a una persona tan maravillosa como Ariadna. Jamás.

Pero eso fue para él una especie de victoria sobre mí.

No tenía pruebas, no podía saberlo con completa seguridad, pero hubiera sido capaz de jugarle la mano derecha a que ese cabrón se la había pegado en más de una ocasión. Una noche, cuando salía del bar de Jimmy, le vi acariciándole el pelo a una chica de un curso menos que el nuestro. Iba muy borracho pero sé perfectamente lo que vi. Y fui tan estúpido de carraspear, con lo que conseguí asustarles, que se separaran y dejaran de reírse como idiotas. Pero me juego esa mano a que se iba a liar con ella. Y puede que lo hiciera de todas maneras. Así que, si esa vez lo vi así... ¿qué otras tantas no habría visto ni yo ni nadie?

En serio, no podía permitir que ese capullo siguiera cerca de ella. Pero la duda que me surgía entonces era: ¿y qué hago para conseguirlo?

Observé a Ari reír mientras conversaba con un par de chicas y Carlos. Las comisuras de mis labios se elevaron automáticamente. El sonido de la risa de Ari... Jamás me cansaría de escucharlo.

—Si sigues babeando así vamos a tener que salir de aquí en barca.

Me giré a mi derecha y me encontré con la sonrisa condescendiente de mi

hermana. Le hubiera sacado la lengua pero hubiera resultado demasiado infantil y todavía se hubiera reído más de mí. Rodé los ojos.

— ¿Piensas hacer algo de una maldita vez?

—Es probable que me lo esté planteando...

— ¿En serio? —Chilló dando un salto y mirándome fijamente.

La mitad de las personas reunidas en ese salón se volvieron a mirarnos. Me quedé congelado en mi sitio con una sonrisa completamente falsa en el rostro y miré a mi hermana con cara de asesino.

— ¿Quieres dejar de gritar de esa manera? —Le grité en susurros cogiéndola del brazo y arrastrándola fuera de la habitación—. No quiero que se entere todo el pueblo, Sara.

—Perdona —sonrió mientras nos dirigíamos hacia la puerta—, me he dejado llevar por la emoción.

Suspiré y me pasé una mano por el pelo. Mi hermana pequeña era como un grano en el culo en ocasiones...

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?

La miré fijamente y me encogí de hombros.

—No tengo ni idea —admití.

—Deberías empezar pidiéndole perdón.

—Eso ya lo he hecho —solté olvidando por completo que había omitido mi visita a la habitación de Ari en Nochebuena.

— ¿Cómo? —Frunció el ceño y me miró como si le acabara de hablar en swahili.

Chasquéé la lengua. Mierda. Ahora tendría que contarle todo.

— ¡Sara!

Mi hermana y yo nos giramos a la vez hacia la voz de Rober. Gracias al cielo, salvado por la campana. Mi amigo se acercó hasta nosotros y pasó un brazo por los hombros de Sara.

—Ven conmigo, quiero presentarte a mi tía Eva.

Sara le miró un instante y creí que le iba a decir que tenía cosas más importantes que hacer en ese momento que conocer a la estúpida de su tía Eva. Pero por suerte no lo hizo, sorprendiéndome bastante, por cierto. ¿He mencionado que el mal genio de mi hermana es incompatible con su tamaño de bolsillo? Es inversamente proporcional a su tamaño. Pero esa vez hizo gala de sus buenos modales y asintió con la cabeza mientras empezaba a caminar hacia la cocina con Rober. Sonreí triunfante por haber escapado de la situación.

Justo entonces ella giró la cabeza y me miró con esos ojos verdes ansiosos por información y movió los labios.

—No te escapas de esta.

Lo entendí a la perfección.

Bufé a la vez que miraba al techo y negué con la cabeza. Después de todo iba a tener que contarle todo a mi pequeña hermanita cotilla.

Miré un instante a mi alrededor y decidí marcharme de allí. No quería quedarme solo observando a Ari, no quería parecer un despojo social... aunque realmente es lo que era. Cerré los ojos un segundo alejando esos pensamientos de mi mente y abrí la puerta para marcharme de allí y empezar a pensar qué leches hacía para que Ari volviera a confiar en mí. Y eso sí que iba a ser algo realmente complicado.

Mi hermana es idiota.

No, Diego, tú eres el idiota por hacerle caso.

Eso me repetía una y otra vez mientras me dirigía a casa de Ari sin tener ni pajolera idea de qué iba a tener que hacer una vez llegara.

Sara me había dado órdenes de riguroso cumplimiento. Tenía que estar en la puerta de casa de Ari a las cinco en punto, ni un minuto más ni uno menos. ¿Para qué? Ni idea. Solamente sabía que me había tenido que poner ropa que mi hermana había comprado exclusivamente para ese momento.

Así que allí iba yo, montado en mi Audi llevando unos vaqueros de color gris que me quedaban demasiado ajustados para mi gusto y una camisa de color negro que también era demasiado ajustada para mi gusto. Yo jamás vestía así. Bueno, en realidad solamente vestía así en ocasiones especiales como bodas, bautizos y comuniones, lo que viene a ser la BBC de toda la vida. Pero Sara había dicho y redicho que esa era una ocasión más que especial y que no me obligaba a llevar corbata porque sabía que me la quitaría en cuanto cruzara la puerta para salir a la calle. Chica lista mi hermana.

Paré frente a la casa de Ari y apagué el motor. No nevaba y eso era una suerte. No tenía ni idea de a dónde tendría que ir pero prefería que no nevara, todavía tenía muy presente mi accidente pre—navideño y no quería jugármela, menos todavía si Ari iba a ir sentada a mi lado. Me reí ante ese pensamiento. Ari montándose en mi coche, qué cosa tan estúpida. Ella no se montaría en mi

coche ni loca. ¿O sí? De repente me puse nervioso. Bueno, sería más correcto decir que comencé a sudar como un cerdo porque ya llevaba nervioso todo el día.

Justo entonces la puerta de su casa se abrió y Ari apareció. Iba mirando el móvil totalmente concentrada. Ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba allí. Cerró la puerta y se abrochó el abrigo negro mientras seguía observando la pantalla de su móvil. Sonrió y se metió el móvil en el bolsillo. Empezó a bajar las escaleras de su porche y se quedó parada en la acera, miró hacia un lado y luego al otro. Justo entonces reparó en que yo estaba allí en mi coche sentado como un pasmarote. Frunció el ceño y me miró interrogante, yo me encogí de hombros.

Mataré a Sara por esta encerrona. Ella ni siquiera sabía que yo iba a ir a buscarla o lo que fuera que estaba haciendo allí.

Se acercó hacia mi coche con precaución, como si fuera a explotar de repente. Bajé la ventanilla y asomé un poco la cabeza. Se quedó parada delante de mí y se metió las manos en los bolsillos mientras se agachaba un poco. Tuve que pasar las palmas de las manos por mi pantalón porque me sudaban sin parar.

— ¿Qué haces tú aquí? —Preguntó con la sorpresa plasmada en la voz.

Sonreí y carraspeé ligeramente incómodo. En serio, iba a cometer un hermanicidio.

—Creo que tenía que venir a buscarte o algo parecido.

Mi voz sonó como la mierda.

— ¿Tú? —Exclamó con más sorpresa todavía.

Sacó el móvil del bolsillo casi con desesperación. Se puso a teclear en la pantalla. Vi su expresión de enfado.

— ¿No me esperabas?

Intenté que mi pregunta sonara despreocupada, como si yo supiera perfectamente qué estaba haciendo allí. Ja. No tenía ni puñetera idea.

—Tu hermana es una cabrona —soltó sin dejar de toquetear la pantalla.

Me eché a reír.

—Coincido completamente contigo. A mí me ha dicho que viniera aquí pero no me ha dado más explicaciones.

—Se suponía que íbamos a ir al cine juntas, que iba a venir con Roberto a buscarme y nos encontraríamos con más gente en el centro comercial —puso una mueca enfadada que me hizo sonreír—. La mataré el día menos pensado.

—Tendrás que ponerte a la cola.

Sonrió mientras seguía tecleando. Probablemente mandando Whatsapp amenazadores a Sara.

—Bueno... —titubeé— ¿subes?

Dejó de teclear instantáneamente y me miró como si acabara de salirme una segunda cabeza. De repente se echó a reír.

— ¿Contigo? ¿En tu coche? No me jodas, Diego...

La miré mientras levantaba una ceja.

—Venga, Ari, no sería tan malo que tú y yo fuéramos al cine los dos juntos.

Empezaba a entender el plan de mi hermana pero no le estaba encontrando el punto. Demasiado arriesgado, demasiado inesperado, demasiado estúpido... demasiado "Sara". Y yo me estaba tirando a la piscina por completo. Lo que acababa de decirle estaba completamente fuera de lugar pero era lo que tenía que decirle, si no lo hacía todo eso no habría tenido ningún sentido. Tenía que conseguir que Ari viniera conmigo.

—Diego, por favor —negó con la cabeza sin dejar de sonreír—, no voy a ir contigo a ningún lado.

— ¿Por qué no?

— ¿Que por qué no? —Exclamó— ¿Necesitas que te haga un croquis o tienes un par de dedos de frente para saber a qué me refiero?

Ok, lo sabía perfectamente, pero no por eso pensaba dejar de insistir.

—Venga, Ari, un cine, tú y yo, nada más. Como amigos.

Levantó una ceja y me miró escéptica. Vale, quizá no había utilizado las mejores palabras.

—De acuerdo... —admití levantando las manos en el aire—. Un cine tú y yo como dos personas que tienen interés en retomar la amistad que un día tuvieron.

— ¿Y qué te hace pensar que yo quiero retomar nada contigo?

Gancho directo al corazón.

—Ouch —dije poniendo mala cara—. Ari, vas a matar ¿eh?

Negó con la cabeza y cerró los ojos un instante.

—Me voy a casa, no sé qué coño hago aquí en medio de la calle hablando contigo.

Se dio la vuelta y empezó a andar hacia su casa. Fui rápido y reaccioné a tiempo. Salí del coche y fui tras ella. Estiré el brazo y cogí el suyo haciendo

que parara en seco a escasos cinco pasos de su porche.

—Diego... suéltame.

—No, Ari —dije con voz seria—, no pienso dejar que entres en casa.

— ¿Quieres que grite que alguien intenta violarme?

Reí entre dientes. Esa mujer no cambiaría nunca, testaruda como nadie.

—Grita todo lo que quieras, no pienso darme por vencido.

Si había olvidado que yo era todavía más testarudo que ella esa iba a ser una situación bastante interesante. Escuché cómo expulsaba el aire de sus pulmones con lentitud. Poco a poco se fue dando la vuelta hasta quedar frente a mí. En sus ojos café no había ni pizca de amabilidad, al contrario, brillaban con un cabreo bastante importante.

—Vamos al cine y luego te traigo a casa, Ari, nada más —junté las manos en gesto de súplica—. Prometo no intentar meterme mano cuando apaguen las luces de la sala de proyección.

Sonrió y la expresión de su rostro se relajó visiblemente.

—Si intentas meterme mano te daré una patada en tus partes nobles.

—No esperaré menos de ti.

Sonrió de nuevo y suspiró con teatralidad.

—De acuerdo —dijo empezando a caminar hacia mi coche—, pero yo elijo la película.

No puedo describir con palabras lo que sentí en ese momento. La felicidad más absoluta me inundó y sonreí tanto que casi me dolían las mejillas. Fui tras ella y entré en el coche a la vez que ella se sentaba en el asiento del copiloto. La observé mientras ella seguía negando con la cabeza pero con una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

—No hagas que me arrepienta de esto, Diego.

Encendí el motor de mi coche y me puse el cinturón. La observé allí sentada, tan cerca de mí que podría acariciar su mejilla. Tan cerca que podía oler su perfume. Tan cerca que mi corazón estaba a punto de salirse del pecho. Tan cerca que sentía la electricidad fluir entre nuestros dos cuerpos.

—Jamás, Ari, no te arrepentirás jamás.

Mi mente estaba colapsada. No tenía ni idea de qué decir o qué hacer. Solamente podía mirarla por el rabillo del ojo. Ahí estaba. Sentada

observando el paisaje por la ventanilla sin prestarme ninguna atención. Quería parecer indiferente ante la situación porque de vez en cuando tarareaba la canción que sonaba en la radio, dándome a entender que estaba completamente cómoda. Pero a mí no me engañaba. La tensión de sus hombros me dejaba más que claro que estaba igual de nerviosa que yo. Puede que las razones de nuestros respectivos nerviosismos no fueran las mismas pero Ari no podía disimular el suyo tan fácilmente, no delante de mí que la conocía tan bien.

Mis nervios estaban más que justificados. Ella estaba sentada en mi coche. Justo a mi lado. Como antes. Sonreí involuntariamente mientras cogía una curva de la carretera. Hacía meses que no se montaba en mi coche pero en realidad parecía que hubiera sido ayer. Me sentía como si el tiempo no hubiera pasado, como si su aroma todavía no se hubiera desprendido de la tapicería de mi Audi. Estaba tan feliz de que hubiera accedido a venir conmigo al cine que tenía ganas de gritar, de saltar...

—Me encanta esta canción...

Su susurro me hizo dejar de pensar en mi alegría y volverme hacia ella. Estiró la mano y subió el volumen de mi equipo de música. Las primeras notas de “She’s the one” de Robbie Williams inundaron el habitáculo de mi coche.

Ari y su admiración por Robbie Williams. Era su fan número uno. Estaba completamente loca por él. Desde siempre, desde antes de que comenzara su carrera en solitario. Todo gracias al fanatismo extremo de su madre hacia Take That. Yo no tenía ni idea de quiénes eran esos tipos ni de qué cantaban hasta que puse un pie dentro de la casa de Ari. Desde aquel día me convertí en la persona a la que Rosa, la madre de Ari, atormentaba con historias de la banda. Y digo atormentar porque yo odio a Take That. ¡Los odio! No puedo con los grupos que mueven masas adolescentes enloquecidas. No puedo con ellos. Y ni me hagáis hablar de Justin Bieber ni de One Direction, por favor. Por suerte mi hermana no ha desarrollado ninguna histeria hacia ningún fenómeno fan... Bueno, me corrijo, es ferviente seguidora de Crepúsculo y todas esas mierdas de vampiros y hombres lobo. ¿Por qué esa admiración hacia un tipo paliducho, desgarrado, que no dice más que ñoñerías y que pretende mantenerse virgen hasta el matrimonio? ¿Es que eso todavía se lleva? Por favor... me sé de más de una que dice querer un vampiro de esos en su vida y que le mandaría a la mierda cuando le dijera que no quería echar un polvo hasta estar casados. Me da la risa solo de pensarlo.

Bueno, a lo que iba. Ari y Robbie Williams.

Le adora. Tiene todos sus discos, se sabe todas sus canciones, fue a uno de sus conciertos en Barcelona acompañada de la gruppie loca de su madre. Y la cosa es que, después de escuchar y escuchar todos sus discos tantísimas veces... a mí también me gusta Robbie Williams. No lo admitiré tan fácilmente si se me pregunta, pero me gustan sus canciones. Me acostumbré a ellas mientras estaba con Ari. Pero dejé de oírle hace un tiempo, dejé de escuchar sus canciones cuando mi vida pasó a convertirse en mierda gracias a mi forma de actuar. Esas canciones me recuerdan a Ari, y el simple sonido de los primeros acordes hacía que mi corazón se estremeciera de dolor. No podía escucharlas.

Eliminé a Robbie Williams de mi vida.

Y ahora ahí estaba de nuevo. Con su piano y esa voz calmada.

Ari empezó a cantar y se volvió hacia mí. Me miró a los ojos mientras seguía cantando y sentí un escalofrío recorrer toda mi columna vertebral.

If there's somebody calling me on, she's the one...

Aparté la vista de sus ojos y me centré en la carretera. El corazón me latía a mil por hora, las manos me sudaban de nuevo, respiraba entrecortado, veía pasar las imágenes atropelladas en mi mente.

Esa canción. Esa jodida canción...

Yo siempre se la cantaba a ella.

Agarré con fuerza el volante y seguí conduciendo mientras intentaba apartar todos esos recuerdos de mi cabeza. Ari sonriendo mientras yo acariciaba su mejilla, tarareándole esa jodida canción, acercándome a ella para besarla en los labios. La melodía de su risa justo antes de llevar su mano hasta mi cuello y acariciarlo con suavidad. El brillo de sus ojos cuando miraba hacia el cielo azul aquella tarde en el prado junto al río. Cómo cogía mi mano entrelazando sus dedos con los míos. La maravillosa sensación de abrazarla y cerrar los ojos al hacerlo. Tocar la suave piel de su espalda mientras ella se tumbaba en el césped y yo seguía tarareando la puta canción...

Casi sin darme cuenta estiré la mano y apagué la radio. Ari se volvió a mirarme interrogante pero yo seguí mirando al frente con el gesto crispado.

—Perdona —dijo bajando la mirada a sus manos entrelazadas.

Tragué en seco mientras sentía cómo me picaban los ojos y notaba el pulso atronador en los oídos. Negué con la cabeza.

—No pasa nada —conseguí decir—. Los recuerdos, ya sabes...

Asintió con la cabeza y suspiró.

—Los recuerdos son una mierda a veces, ¿verdad?

Solo pude asentir. No podía articular palabra. Si abría la boca para decir algo solo me saldría un gemido lastimero y le daría más pena de la que probablemente ya le daba. No pensaba dejar que me viera así.

Seguimos el trayecto en completo silencio, sin música. Solamente se escuchaba el ruido del motor. Era un silencio realmente incómodo. No porque no estuviera a gusto con Ari a mi lado, al contrario, hubiera estado sentado con ella durante horas sin pronunciar una sola palabra. Las palabras con Ari sobraban muchas veces. Pero no en esa ocasión en que solamente pensaba en preguntarle si me recordaba muchas veces y qué tipo de recuerdos eran una mierda para ella. Puede que simplemente fuera una mierda el solo hecho de recordar cualquier momento que pasó conmigo en su día. Puede que no le causaran el dolor que me causaban a mí porque recordarla era como echar sal en una herida que todavía permanecía abierta. Una herida que dudaba fuera a cicatrizar algún día porque dudaba muchísimo que dejara de quererla.

Carraspeó y me volví a mirarla. Justo entonces ella volvió la cabeza hacia mí y me sonrió tímidamente. Le devolví la sonrisa y volví a mirar a la carretera. No podía descentrarme mientras conducía. Si la miraba demasiado fijamente era más que probable que nos saliéramos de la carretera y dentro de ese coche estaba lo más importante para mí en todo el jodido mundo. Debía concentrarme y conducir como era debido.

— ¿Qué película querrás ver?

Su pregunta me pilló por sorpresa. ¿Película? Me costó un par de segundos caer en la cuenta de que iba al cine con ella. Eso era lo que estábamos haciendo, ir juntos al cine. Joder, por un momento me había quedado completamente en blanco y no tenía ni idea de qué estaba hablándome. Me golpeé internamente. Jodido Diego, céntrate, mantén tu mente en orden y entérate de lo que Ari te dice. ¿A dónde coño estabas conduciendo? Perfectamente podría haber cogido un desvío que no era, cosa que me hubiera hecho quedar como un completo capullo delante de ella. Y la verdad es que ya había hecho bastante el capullo por ese día.

—No lo sé —contesté frenando ligeramente por el coche que llevábamos delante—, ¿qué quieres ver tú?

—Ya que me has secuestrado de esa manera tan poco caballerosa en la puerta de mi casa... —sonreí sintiendo cómo sus ojos se posaban en mí y me miraban con cierta sorna—. Veo justo que me toque decidir a mí qué vamos a

ver.

Se quedó pensativa unos instantes mientras se mordía el labio inferior. La vi por el rabillo del ojo y pensé en lo mucho que me gustaría ser el que mordiera ese labio en esos momentos.

—Creo que te mereces un castigo por esta encerrona.

—No ha sido una encerrona, Ari —le dije sin poder dejar de sonreír—. La culpa ha sido de Sara.

Soltó una carcajada y se volvió hacia mí señalándome con el dedo.

—No intentes culpar a tu hermana de algo que ha sido idea tuya.

— ¿Mía? —Exclamé indignado.

— ¡Claro que sí! —Rió agitando las manos en el aire—. No intentes cargarle el muerto a Sara. No cuelea, Diego.

Reí mientras negaba con la cabeza.

—Ari, te lo digo completamente en serio, yo no tenía ni idea de para qué iba a tu casa.

—Nah, nah, nah —soltó moviendo su mano cerca de mi cara—. No intentes hacerte el santo, no te pega en absoluto.

Me eché a reír porque iba a ser totalmente imposible convencerla de mi inocencia en esos momentos. Ella también se rió y sentí un escalofrío por la espalda. Me giré a mirarla, aprovechando que el coche de delante había frenado ante un semáforo en rojo y tuve que detenerme tras él. Sus dientes brillaban bajo la luz invernal de aquella tarde. Tenía los ojos cerrados mientras reía. El pelo le caía por los hombros en pequeñas ondas. Entonces abrió los ojos y se metió un mechón de pelo tras la oreja. Fruncí el ceño.

— ¿Desde cuándo tienes ese piercing? —Señalé a su oreja.

Se llevó la mano izquierda hasta ella y lo tocó. Parecía haber olvidado que lo tenía allí.

—Me lo hice hace un par de meses.

—Siempre dijimos que nos lo haríamos juntos.

Creo que no debí haber dicho eso porque se me quedó mirando fijamente. Dudé si iba a mandarme a la mierda o si iba a ponerse triste. La expresión de su rostro se quedó helada, sin transmitir lo que fuera que estaba pensando. Sus ojos color café me miraban con una especie de ferocidad que me hicieron encogerme por dentro. Creo que iba a mandarme a la mierda definitivamente. Pero el coche de detrás tocó el claxon sobresaltándonos a los dos. El semáforo se había puesto verde y no me había dado cuenta. Aceleré y me

quedé callado. Ari tampoco dijo nada más hasta que llegamos al centro comercial de Jaca. Solo fueron cinco minutos más de trayecto pero me parecieron una eternidad. No debería haberle dicho eso. Soy un puto bocazas. Claro que dijimos que nos haríamos ese piercing en la oreja juntos. Por supuesto que lo dijimos, cuando estábamos juntos. Esa era una apreciación que debería haber tenido en cuenta antes de abrir la boca.

Detuve el coche mientras me reprendía internamente por ser tan sumamente idiota. Ari se desabrochó el cinturón y abrió la puerta. Cuando tuvo una pierna fuera se quedó parada y se giró a mirarme.

—Todavía tengo otra oreja para poder hacerme otro piercing.

Y salió del coche sin darme opción a decir nada. Una enorme sonrisa apareció en mi rostro y me quedé embobado mirándola por la ventanilla de su asiento. Solamente veía su abrigo aunque en realidad me había quedado tan impactado por sus palabras que no veía nada. ¿Eso había querido decir lo que yo pensaba que había querido decir?

—Venga, capullo —su grito junto con el golpe que dio en el cristal de la ventanilla me hicieron sobresaltarme—, no vamos a llegar a ver empezar *Mi vida junto a ti*.

Esas cinco últimas palabras me hicieron mirarla con los ojos muy abiertos en cuanto salí del coche.

—¿*Mi vida junto a ti*? —Repetí incrédulo—. Estás de coña, ¿verdad?

Mi vida junto a ti. En cartelera desde hacía un par de semanas. De los creadores de *El diario de Noah*. De los productores de *En busca de la felicidad*. Del guionista de las adaptaciones de cinematográficas de *El niño del pijama de rayas* y *Cometas en el cielo*. De la madre que parió a Panete. La película más lacrimógena del año según se decía en todos los medios de comunicación. La película más ñoña jamás creada.

No me jodas.

Eso era una cruel y vil venganza.

Ví cómo Ari me miraba con diversión y una pizca de maldad justo antes de comenzar a andar hacia la entrada del centro comercial. Negué con la cabeza mientras echaba a correr tras ella.

—No voy a ver esa película para niñas lloronas —me quejé alcanzándola.

—Sí la verás.

—No la veré.

Se paró en seco a los pies de las escaleras mecánicas y me miró

fijamente a los ojos. Mantuve la cabeza erguida desafiándola. No pensaba ver esa jodida película. Me negaba en redondo. No quería películas lacrimógenas porque yo era de lágrima fácil. Muy fácil. Sobre todo con ese tipo de películas. Joder, si había llorado más que ella cuando vimos *El diario de Noah*. Tuve que aguantar sus risas durante semanas. No pensaba volver a pasar por eso.

—Diego, —empezó mirándome muy seria— vamos a ver esa película porque yo lo digo. No hay opción a discusión. Vamos a ver *Mi vida junto a ti* porque sí. Y si lloras como la nenita que eres...

Se encogió de hombros con falsa inocencia pero vi en sus ojos un brillo perverso asomando y también vi cómo disfrutaba de lo lindo con la situación. Fruncí los labios intentando aguantar la sonrisa. Entrecerré los ojos y ella soltó una carcajada.

—Disfrutas con esto, ¿verdad?

Ella asintió encantada con la cabeza. Me cogió del brazo y tiró de mí para que los dos subiéramos a las escaleras. No me soltó. Enganchó su brazo al mío y me miró con diversión.

—Quiero tener algo que me compense por esta encerrona.

Pero algo dentro de mí me dijo que eso no era una encerrona tal y como ella quería hacerme ver. Estaba a gusto conmigo. Se estaba divirtiendo. Lo estaba pasando bien conmigo. Pese a mis cagadas y mis frases desafortunadas. Ari estaba bien conmigo. Y solo por eso decidí ir a ver esa jodida película sin quejarme más. Pagué las entradas, compré palomitas y refrescos para los dos, me senté al lado de una señora que no paró de decir lo triste que era esa historia durante toda la película y aguanté las risitas entre dientes de Ari mientras intentaba que las lágrimas no salieran de mis ojos. Pero todo mereció la pena porque, cerca del final, ella pasó una mano por debajo de mi brazo y apoyó la cabeza en mi hombro, se apretó a mí y derramó un par de lágrimas. Estiré mi mano y acaricié la suya. Y me dejó. No se apartó ni se sobresaltó. Dejó que la acariciara y la reconfortara, aunque solo fuera para calmarla ante una estúpida película. Y mi corazón casi estalla de felicidad. Apoyé la mejilla en el tope de su cabeza y cerré los ojos dejándome llevar por las sensaciones del momento.

Después de todo no había sido mala idea ir a ver *Mi vida junto a ti*. Siempre guardaré un gran recuerdo de esa película. Pero que nadie me pregunte cómo termina porque no tengo ni idea. El final para mí fue el más

feliz de todos los finales. Sentir a Ari tan cerca de mí, como antes, casi abrazándola... Fue el mejor final que jamás una película hubiera podido tener.

Volver al instituto fue cincuenta por ciento depresivo y cincuenta por ciento alegre. Depresivo porque volver dentro de esas paredes, ver a los profesores, quitar el polvo que mis libros habían acumulado durante las vacaciones y tener que pensar en ponerme a estudiar de nuevo me hacía tener ganas de cortarme las venas. Pero era alegre porque volvería a ver a Ari todos los días.

Sara fue todo el trayecto hasta el instituto taladrándome la cabeza sin parar de hablar acerca de los carnavales y el disfraz que había pensado para mí. En cuanto la oí mencionar algo acerca de unos leggins de color naranja desconecté por completo. Si pensaba que me iba a meter dentro de unas ridículas mallas paqueteras lo llevaba claro. Yo pasaba de disfraces.

Me centré en pensar en mis próximos pasos con Ariadna.

El día del cine fue genial. Comenzó de pena pero no pudo terminar mejor. De eso hacían tres días y no había vuelto a verla. Me moría de ganas por escuchar el sonido de su risa. La noche de antes casi no había podido pegar ojo, completamente nervioso por la nueva perspectiva que había adquirido nuestra relación. Éramos una especie de amigos de nuevo. O por lo menos eso pensaba yo. Y pensaba hacer que fuera a más. Tenía muy claro que lo mío con ella tenía que volver a ser lo que era.

Llegamos al aparcamiento del instituto y mi hermana seguía hablando. En serio, no callaba ni debajo del agua. No pensaba decirle que se callara porque quería evitar a toda costa ganarme una contestación made in Sara por las mañanas. Hasta mediodía era mejor no rechistarle o te lanzaría una mirada de esas que te acojonan hasta la médula e incluso hacen que te hagas un poco de caquitas encima. Prefería dejarla hablar y hacer como que la escuchaba.

—Bueno, hermano —canturreó cuando llegamos a la puerta junto con el resto de alumnos que llegaba entonces—. Te veo en el descanso.

Se acercó a mí y me besó en la mejilla. Le sonreí de vuelta y se fue saltando entre la gente con la carpeta entre sus manos. La observé acercándose a hablar con un par de chicas de su clase. Fui hacia las escaleras y subí al piso de arriba. Me tocaba Música. Perfecta asignatura para primera hora del primer

día de clase tras las vacaciones. Asignatura María. Fui hasta el aula y pasé ente las filas de pupitres hasta llegar a uno vacío al fondo de la clase. Casi todos mis compañeros estaban ya allí sentados, Ari no. Me sorprendió que no hubiera llegado todavía pero mientras me agachaba para dejar mi mochila en el suelo escuché el sonido de su risa a lo lejos. El corazón comenzó a latirme con anticipación. Miré hacia la puerta esperando verla aparecer tan preciosa como siempre. Y apareció, por supuesto que sí, preciosa, guapísima y maravillosa pero acompañada por el imbécil de Carlos.

¿Alguien veía Chicho Terremoto? ¿Se acuerda de la reacción de los personajes de la serie cuando sucedía algo inesperado? Casi me podía imaginar la imagen trasladada a la serie de dibujos animados japonesa. Me veía a mí mismo tirado en el suelo con los brazos y piernas doblados en posición más que extraña y esa gota de sudor o lo que fuera encima de la cabeza.

Me cago en la leche.

Había olvidado la existencia de *ese* en su vida.

La observé mientras hablaba con él. Carlos le debía estar contando algo muy gracioso porque no dejaba de reírse. Entonces se acercó a ella y la besó en los labios. Tuve que apartar la mirada de ellos. Casi escuché el sonido de mi corazón resquebrajándose. Cerré los ojos y me llevé las manos a la cara, respiré hondo e intenté tranquilizarme. El pulso se me había acelerado fruto de la rabia.

—Buenos días, Diego.

Levanté la vista en cuanto escuché su voz a mi lado. Se había sentado en el pupitre vacío que había junto al mío. La incredulidad se reflejó claramente en mi rostro porque en cuanto me miró se echó a reír. No pude evitar sonreír. El simple hecho de escuchar su risa me hacía olvidarme de todo. Justo en ese momento me olvidé de Carlos y me olvidé de lo que acababa de ver.

—Buenos días —le contesté observándola sacar su libro de la bandolera que usaba para ir a clase.

Abrí la boca dispuesto a decirle lo guapísima que estaba pero en ese momento la profesora entró en clase y nos hizo callar. Empezó a hablar de no sé qué acerca de la música clásica, Mozart y su madre. No me enteré de nada. Ari estaba demasiado cerca y me entretuve más de la cuenta en observarla. Cuando habría pasado la mitad de la clase aproximadamente me dio una patada en la espinilla.

— ¿Qué haces? —Exclamé entre susurros agachándome y poniendo la mano donde me había golpeado—. ¿Estás loca?

— ¿Vas a dejar de mirarme de esa manera? —Me preguntó en voz bajita mirándome a los ojos y sin dejar de sonreír.

Le sonreí mientras me rascaba la espinilla.

— ¿Demasiado obvio?

Asintió con la cabeza justo antes de llevar su mano hasta mi mejilla y empujarla para girar mi cabeza hacia la pizarra. No podía dejar de sonreír. Me quedé muy quieto mirando al frente y con las comisuras de los labios elevadas hacia arriba.

—Muy bien, Diego, así toda la clase —susurró acercándose a mi oído.

Asentí con la cabeza. Me quedé así un rato, probablemente no fueran más de dos minutos, pero fueron interminables. No podía con la necesidad de volver a mirarla. Giré la cabeza hacia ella y la vi tomando apuntes. Sonrió en cuanto notó que la miraba pero no dejó de escribir. La profesora hablaba sobre compositores y no sé qué más. Mi mente no podía atender a lo que decía si a la vez estaba contemplando a la persona más perfecta que existía en el mundo.

Tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda y el pelo le caía en cascada hacia ese lado, justo encima de su brazo apoyado en el pupitre. Miraba fijamente la hoja en la que estaba escribiendo. Su pequeña nariz respingona, sus mejillas, la pequeña cicatriz encima de su ceja, sus pestañas... todo en ella me maravillaba. Me hacía sentir como un idiota que no podía pensar en nada que no fuera ella.

Y fue así exactamente como quedé cuando escuché la voz de la profesora hablándome directamente a mí.

Levanté la cabeza hacia ella y la encontré frente a mi pupitre de brazos cruzados.

— ¿Le importaría repetir lo que he dicho sobre los compositores del siglo dieciocho? —Me preguntó dejando claro que estaba más que molesta conmigo.

Me coloqué recto en mi asiento y la miré parpadeando. No tenía ni pajolera idea de qué había estado hablando durante toda la clase. Me planteé la posibilidad de empezar a improvisar sobre la marcha e inventarme una respuesta que diera más risa que otra cosa. Pero decidí no hacerlo, la verdad es que la música clásica no era mi fuerte.

—No tengo ni idea, señorita.

—Por lo menos eres sincero —contestó lanzando una rápida mirada a Ari—. No sé qué tiene su compañera que parece tan absorbente pero se me acaba de ocurrir una idea.

Se dio la vuelta y empezó a andar hacia la pizarra. Los que ocupaban los pupitres de delante se volvieron a mirarme y les hice un gesto con la cabeza increpándoles. ¿Qué coño miraban? Se volvieron rápidamente hacia la profesora que ya había llegado a su mesa. Sacó la hoja en la que aparecía la lista de la clase y la observó un instante.

—Bueno, como el señor Sánchez parecía tan absorto con su compañera he pensado que vais a hacer un trabajo que contará para la nota final.

Se escuchó un murmullo desaprobador y de nuevo hubo compañeros que se volvieron a mirarme. La verdad es que no fueron miradas agradables en absoluto. Ari no perdió el tiempo con miradas y directamente me dio un puñetazo en el antebrazo. Hice una mueca de dolor y la miré de soslayo. Me estaba dedicando un bonito gesto con su mano en la que solamente tenía levantado el dedo corazón. Un detalle precioso por su parte. Se lo agradecí con un leve asentimiento de cabeza y con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Vais a trabajar por parejas —siguió la profesora— y serán parejas que yo misma formaré. Para empezar el señor Sánchez y la señorita Sanz trabajarán juntos para demostrar lo que quiero con este trabajo. Deberán componer una canción basada en su compañero.

— ¿Cómo? —La pregunta se escapó de mi boca, no pude evitarlo.

Esa mujer estaba loca, ¡completamente pirada! ¿Cómo íbamos a componer una canción? ¿Estaba hablando en serio? ¿Quién se pensaba que éramos, Alejandro Sanz?

Debido al revuelo que se creó en la clase tuvo que mandarnos callar con un grito.

—Dejad de hablar y podré explicaros lo que tenéis que hacer —dijo sentándose sobre su mesa y cruzándose de piernas. La cabrona estaba disfrutando de lo lindo—. Debéis componer una canción basada en vuestro compañero y él o ella os tiene que ayudar, por supuesto. Tendréis que crear la melodía y la letra. La duración de la canción será la que vosotros queráis, pero tendrá un mínimo de un minuto. Podéis utilizar el estilo que más os guste: pop, rap, clásica... No hay un estilo concreto que debáis utilizar, lo dejo en

vuestras manos, con el que os sintáis más cómodos.

¿Cómodos? ¿Esa mujer hablaba en serio?

Sentí las miradas asesinas de la clase sobre mí y sonreí de manera incómoda. Perfecto. Me los seguía ganando día a día. No era de extrañar que su amor hacia mí creciera con este gran regalito que les acababa de hacer.

—Eres gilipollas.

—Tonto del culo...

Todas sus palabras de afecto y cariño me llegaron directas al corazón. No redactaré todas ellas porque sería demasiado vulgar por mi parte, pero creo que os podéis hacer una idea.

Una vez todas las parejas para el trabajo estuvieron formadas la clase terminó y todos nos levantamos para salir de esa aula del infierno. Recibí más miradas llenas de “amor” que ignoré lo mejor posible. Pero la que no pude ignorar bajo ningún concepto fue la que me regaló mi compañera de trabajo.

—Cuando yo digo que eres tonto no lo digo por casualidad –soltó con una expresión de enfado en su rostro que casi daba miedo.

—Lo siento, Ari, no sabía que la tipa esta iba a hacer esto.

Negó con la cabeza mientras cerraba los ojos y dilataba las aletas de su nariz, cogió su bandolera y se dio la vuelta para salir de la clase. Me agaché para coger mi mochila y fui tras ella casi corriendo.

—Venga, Ari, no te enfades conmigo –ella seguía andando por el pasillo entre el resto de estudiantes que habían salido de sus clases también—. Piensa que va a ser la excusa perfecta para vernos un poquito más.

Se giró a mirarme y me paré en seco ante la dureza de sus ojos. Creo que en esos momentos deseó haber sido como Cíclope de X-men y tener rayos desintegrantes en los ojos para poder fulminarme ahí en medio del pasillo.

No la seguí más. Me quedé allí intentando recuperarme del impacto de su mirada asesina.

Igual a ella no le hacía tanta ilusión como a mí que trabajáramos juntos durante el resto del curso. Sonreí con tristeza. Por supuesto que no le haría ilusión. ¡Qué tontería de pensamientos tenía a veces! Me golpeé mentalmente y negué con la cabeza. Ari y yo trabajando juntos era maravilloso para mí pero para ella sería como una tortura.

Por un momento creí que las cosas entre nosotros se habían asentado, que podíamos volver a estar juntos y reírnos como antes, que poco a poco eso iría transformándose en lo que fue antes y que volveríamos a estar juntos. El día

del cine, sus sonrisas, su familiaridad conmigo, la conversación que mantuvimos en el viaje de vuelta, sus miradas divertidas antes de mi cagada monumental en clase... Puede que todo eso tuviera un significado, el significado que yo esperaba que tuviera. Pero si en algún momento Ari se llegó a sentir bien conmigo de nuevo... yo lo había mandado a la mierda con mi genial actuación de hacía unos minutos. Y ahora me había vuelto a ganar sus miradas de odio.

Cojonudo, Diego. Eres un puto crack.

Cuando las clases terminaron y volví a casa con Sara empecé a ver las cosas con perspectiva. No era tan malo lo que había hecho. Vale, la había cagado con toda la clase haciendo que tuvieran que hacer un trabajo de mierda que contaba para nota. Vale, también era una putada para mí porque andaba algo escaso de oído musical. Pero... iba a estar con Ari. Para bien o para mal. Era mi compañera de trabajo. Tendría que quedar con ella en horario extra escolar para componer esa canción que, además, debía basarse en ella. Y allí es donde la cosa ganaba puntos. Iba a tener que componer una canción dedicada a Ari.

Puede que fuera un capullo, puede que fuera un idiota que se había ganado un poco más de odio por parte de sus compañeros de clase, pero lo que tenía claro es que a la hora de hablar de Ari no me ganaba nadie. Podía describirla con todo lujo de detalles. Conocía sus expresiones. Sabía todo de ella. Bueno, por lo menos antes lo sabía todo de ella, puede que hubiera cambiado un poco en los últimos tiempos. Creo que algo en su cerebro había empezado a funcionar de manera incorrecta porque seguía sin encontrarle una explicación lógica a su relación con Carlos.

Agité la cabeza eliminando a ese capullo de mi mente. No quería ni pensar en él. Me centré en pensar en Ari y en la canción que iba a componerle. Sonreí. Ni la mismísima Angels de Robbie Williams podría superar el efecto romántico que iba a generar. Desde el momento en que sonara por primera vez en nuestra clase de música se iba a convertir en la canción más romántica de la historia.

De repente me quedé de hielo. Ahí de pie en medio de mi habitación, con el abrigo todavía puesto, me di cuenta de una cosa. Una cosa bastante

desagradable, por cierto.

Me había convertido en un idiota. Un idiota romántico dispuesto a hacer cualquier cosa para que la chica a la que quería volviera a sentir algo por mí. Un idiota dispuesto a cantar y a hacer el ridículo por ella.

Me había convertido en la clase de chico del que siempre me río.

Negué con la cabeza, me llevé la mano a la frente y cerré los ojos justo antes de echarme a reír.

—Si crees que decir que mis ojos son del color del café recién hecho por la mañana es algo romántico déjame decirte que estás más que equivocado.

Sonreí mientras la veía sumergiéndose de nuevo entre las tapas de Cincuenta Sombras de Grey.

—Seguro que en ese libro que estás leyendo aparecen cosas bastante románticas... —comenté con ironía.

Sus ojos aparecieron por encima de la portada y me miraron brillantes, levantó una ceja y la picardía apareció en sus pupilas.

—Aquí hay cosas muuuuy románticas, Diego.

Me eché a reír y ella se unió a mí. Me dio un golpe con el libro en la rodilla y se incorporó en la cama.

No tenía ni idea de cómo habíamos llegado a ese punto. Llevábamos un mes quedando una vez a la semana para preparar la puñetera canción. Estaba hasta el mismísimo gorro de la composición, de las notas y del ritmo. Pero eso me daba igual porque las cosas con Ari estaban más que bien. Nos reíamos juntos, le contaba las locuras de mi hermana, ella me hablaba de la nueva afición de su madre por la jardinería y su miedo a que le diera por plantar marihuana. La madre de Ari había sido una hippie toda su vida y alguna que otra vez habíamos pensado que iba completamente colocada. Solía canturrear sola por la casa y hablaba de una manera tan calmada que reafirmaba nuestra teoría. Nos quedaban un par de meses para saber si la plantación ilegal de Rosa iba a ser un hecho real o solamente estaba en nuestra imaginación. Yo apostaba porque sería más real que la vida misma. Aposté exactamente veinte euros que esperaba no perder contra su hija que, mujer de poca fe, creía que su madre solamente se iba a dedicar a las gardenias y los tulipanes. En serio esperaba que Rosa no me defraudara.

Y también, como quien no quiere la cosa, llevaba casi dos meses limpio. No me había metido absolutamente nada en todo ese tiempo. Desde que tomé la decisión de cambiar no había introducido en mi cuerpo nada que no fuera legal. Por supuesto seguía fumando y bebiendo los fines de semana, incluso alguna cervecita entre semana, pero nada más. Y me sentía orgulloso de mí mismo. Por primera vez en mucho tiempo me sentía bien conmigo mismo. Había podido vencer la tentación sin problema. La verdad es que tampoco echaba de menos ni mis pastillas de la felicidad ni la coca. No echaba nada de eso de menos porque la mejor droga del mundo había vuelto a entrar de lleno en mi vida. Mi relación con Ari era la mayor de mis adicciones.

Pasar tiempo con ella me hacía sonreír, me hacía ver las cosas de otra manera. Y aprendí a disfrutar de nuevo de los pequeños placeres de la vida. Me volví a aficionar a leer libros. No del tipo que ella leía entonces, pasaba de historias de sexo duro y tonterías para mujeres. Había empezado a leerme los libros de Juego de Tronos y sobra decir que estaba más que enganchado. Aparte de la serie, que me tenía en un estado de incesante expectación por el capítulo siguiente. ¡Y eso que sabía lo que iba a pasar porque ya lo había leído! Pero la veía con Sara y Pilar y eso era genial. Ver sus rostros, escuchar sus gritos y simplemente pasar tiempo con ellas... era eso, genial. Recuperar a mi familia me hacía sentirme bien, muy bien.

También había vuelto a hacer deporte. Saqué las zapatillas de deporte de mi armario y decidí empezar a correr. Todos los días recorría los senderos del bosque durante una hora como mínimo. Me ponía mi iPod y me sumergía en el verde que rodeaba mi pueblo. Y eso también me hacía sentirme mejor. Vale que nada más llegar a casa me fumaba un cigarrito y tosía como un viejo de ochenta años que se había fumado dos paquetes diarios durante toda su vida, pero me sentía mejor físicamente. Y creo que eso se notaba por fuera porque las chicas habían empezado a mirarme de nuevo.

Podéis decirme que soy un creído pero eso son cosas que se notan. Todos sabemos cuándo se nos mira. La persona que diga que no sabe que le han mirado más de lo normal cuando ha salido más arreglado de casa que cuando iba con un chándal viejo miente descaradamente. Y a todos nos gusta que nos miren, no os atreváis a mentir en eso también. Y yo, últimamente, me sentía más observado que de costumbre.

Puede que tuviera que ver que me hubiera cortado el pelo y las greñas que me acompañaban desde hacía unos meses hubieran desaparecido. Puede

que también fuera que me preocupaba un poco más por mi aspecto y me arreglaba de vez en cuando la barba para que pareciera siempre de un par de días y me diera ese aspecto que les gusta a las chicas de tipo guarrete pero arreglado. También puede que fuera porque me ponía ropa planchada y no arrugada después de pasar tres días debajo de una montaña descomunal de camisetas, pantalones y sudaderas. Principalmente creo que era por esto último. La ropa limpia me hacía oler mejor y creo que eso también era importante.

La cosa era que un par de chicas de un curso inferior me habían empezado a hacer ojitos. Mi hermana Sara se había encargado de informarme de que le interesaba bastante a la hija del panadero, creo que se llamaba Rebeca. La verdad es que a mí Rebeca me interesaba lo mismo que el método de apareamiento de la llama chilena pero nunca está de más tener alguna admiradora.

— ¿Quieres algo de beber?

Me giré hacia Ari que se había puesto de pie y me miraba despreocupada.

—Una Coca—Cola estaría bien.

— ¿Te da igual que sea light?

—Odio lo light, ya lo sabes.

—Es la única que tengo. Yo adoro lo light, ya lo sabes.

Sonrió mientras se llevaba las manos a la cintura y ponía los brazos en jarra. La miré hacia arriba desde mi asiento en su cama y chasqueé la lengua.

—Vale, tráeme una de esas bebidas insípidas que me ayude a conservar la línea.

Soltó una risita y empezó a andar hacia la puerta.

—Tú no tienes nada que conservar, Diego, ya estás bastante bien como estás.

Y salió de la habitación.

Me quedé mirando la puerta cerrada como un tonto. Eso que acababa de decirme... ¿había sido una especie de piropo? Una enorme sonrisa apareció en mi rostro.

Cuando volvió a su habitación la observé muy fijamente mientras dejaba una bandeja con un par de vasos y la botella de refresco encima de la mesa. Sirvió un poco para cada uno y me acercó un vaso. En cuanto me miró frunció el ceño y echó la cabeza un poco para atrás.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Sonreí y me recosté sobre las almohadas mientras llevaba las manos detrás de mi nuca.

—Así que crees que estoy bastante bien, ¿eh?

Moví las cejas arriba y abajo. Lo admito, estaba encantado conmigo mismo en ese momento.

Ari se echó a reír y se sentó en los pies de la cama. Me ofreció un vaso que me estiré para coger sin dejar de sonreír.

—Vamos a centrarnos en el trabajo, por favor —dijo apartando la mirada y agachándose para coger su cuaderno del suelo.

—No, no —me incorporé un poco más y me moví en la cama hasta sentarme a su lado—, vamos a hablar sobre eso. Me interesa mucho más que el trabajo.

—Diego, en serio —empezó sin dejar de sonreír—, tenemos que hacer esta mierda cuanto antes. Por si no te acuerdas estamos metidos en esto por tu culpa.

—Es algo de lo que no me arrepiento en absoluto.

—Ah, ¿no? Pues deberías.

—No estoy de acuerdo —agaché un poco la cabeza buscando su mirada, nuestras pupilas conectaron—. Pasar estos momentos contigo son lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Frunció los labios intentando reprimir una sonrisa pero sus ojos la delataron.

—No digas tonterías —apartó la vista y se centró en el cuaderno que descansaba en sus piernas.

Estiré la mano y lo cogí, lo tiré por detrás de mi hombro y ella se volvió a mirarme de nuevo con la sorpresa plasmada en la cara.

— ¿Qué haces, idiota?

—Mírame —le pedí.

Pasó de mi petición y se estiró sobre la cama para coger el cuaderno. Sabía lo que estaba haciendo. Estaba nerviosa e intentaba aparentar normalidad. Quería apartarse de mí y evitar mi mirada para que no pudiera darme cuenta. Pero el ligero rubor que había cubierto sus mejillas me dejaba ver con total claridad cómo se sentía.

—Ari...

—Deja de decir y hacer tonterías, Diego, tenemos que...

—No —la corté cogiéndola por un brazo y tirando de ella para volver a incorporarla.

Se dejó hacer y volvimos a estar sentados uno al lado del otro. Ella miraba al frente completamente rígida en su posición y con las manos entrelazadas en su regazo.

—Ari, mírame, por favor.

Respiró hondo justo antes de volverse. Su mirada quería transmitir indiferencia pero yo sabía que no era así. Estiré la mano y aparté un poco el pelo de su rostro. El color castaño de sus ojos se volvió más dulce y las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

— ¿Qué haces? —Preguntó en un susurro, sin dejar de mirarme a los ojos.

—No tengo ni idea...

Y me dejé llevar por el momento, por lo bien que me sentía. Apoyé la mano en su mejilla y mi pulgar acarició su piel. El corazón me latía a mil por hora. Podía escuchar su respiración empezando a acelerarse. Casi no parpadeaba, parecía expectante. Empecé a acercarme a ella poco a poco y pude sentir su aliento chocando contra mi piel. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Hacía siglos que no sentía esa sensación tan maravillosa que precede a un beso.

El marrón de sus ojos parecía tan cálido que casi podría derretirse. Estaban brillantes, expectantes, puede que incluso ligeramente temerosos. No sé si yo llegué a sentir miedo, puede que ni siquiera me diera tiempo a plantearme lo que estaba a punto de hacer y lo que supondría. No lo pensé y me lancé.

Nuestros labios se acariciaron con timidez primero. Sentí cómo se quedaba quieta y contenía el aliento pero no me apartó, así que dejé que mis labios siguieran adelante con su tarea. Cerré los ojos y me concentré en el escalofrío, en la sensación, en la maravilla olvidada de besar a Ari. Habían pasado unos segundos y ella no parecía reaccionar. No sabía si eso era buena o mala señal. Me aparté despacio, abriendo poco a poco los ojos, preparado para enfrentarme a cualquier cosa: una bofetada o una patada en la espinilla. Ari permanecía estática, con los ojos cerrados, casi parecía no respirar. Parpadeó un par de veces y me miró fijamente, abrí la boca dispuesto a pedirle disculpas pese a no sentir en absoluto haberla besado cuando sus labios impactaron contra los míos. Y esa vez no fue un beso suave.

Me dejé llevar de nuevo. Dejé que mis manos recorrieran su espalda y

acariciaran su cuello. Sentía las suyas danzando por mi cuerpo. Y entonces nuestras lenguas también tomaron parte del momento. Del momentazo. De eso que llevaba tiempo y tiempo imaginando. De eso con lo que soñaba por las noches e incluso cuando permanecía despierto.

Ari me había besado. Había sido ella la que había vuelto a juntar nuestros labios. No podía sentirme más feliz.

Aunque, claro, nadie dijo que esos momentos que nos gustaría que duraran eternamente pudieran serlo. Se apartó de mí de repente, creo que entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Su mano fue a parar a su boca y me miró asustada, enfadada más bien. Se levantó de la cama y fue hacia el escritorio.

—Ari, yo...

—Calla un momento.

Tragué saliva e hice lo que me decía. También necesitaba un segundo para ordenar mis pensamientos y tranquilizarme un poco. El corazón estaba a punto de salirse de mi pecho. Tomé aire y me incorporé en la cama, sin darnos cuenta habíamos terminado casi tumbados en ella. Me pasé una mano por el pelo y la observé. Estaba de espaldas a mí, respiraba profundamente y casi podía apostar a que estaba mordiéndose la uña del dedo índice. Solía hacerlo al ponerse nerviosa. Eso y lo de mirarse las manos entrelazadas sobre el regazo siempre la delataban.

—Me atreveré a romper este silencio incómodo —dije cuando había pasado más de un minuto sin que hablara.

—No digas nada.

—¿Por qué?

—Hagamos como que esto no ha pasado.

—¿Qué dices? —la impresión hizo que me pusiera de pie automáticamente.

—No ha pasado —empezó volviéndose hacia mí por primera vez en todo ese rato—, esto no ha ocurrido nunca. Ha sido un error que no debería haber pasado y ya está, olvidémoslo, ¿de acuerdo?

Fruncí el ceño y la miré confundido. Y dolido, para qué mentir, muy dolido.

—No pienso olvidar esto, llevaba esperándolo mucho tiempo.

Negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza mientras agitaba la cabeza.

—Diego... no hagas esto más difícil...

— ¿Más difícil que qué? —Exclamé—. ¿Más difícil que verte todos los días y tener que contenerme para no intentar besarte a todas horas? ¿Más difícil que llevar casi un año sintiéndome como el ser más despreciable del universo por haberte tratado como te traté? ¿O más difícil que negarnos lo que en realidad sentimos? Porque yo sigo enamorado de ti, Ari, y sé que tú también sientes algo por mí. No digo que sea igual a lo que hubo en su día, no podría ser igual jamás. Te hice daño, te traté fatal y es imposible que sientas algo de aquello por mí. Dudo que alguna vez seas capaz de volver a sentirlo pero yo haré todo lo que esté en mi mano por demostrarte que jamás volveré a tratarte de esa manera. Déjame demostrarte que te quiero más que a mi vida, Ari, déjame volver a amarte como mereces...

Negó con la cabeza y fue hacia la puerta.

—Será mejor que te vayas.

—No voy a irme.

—Diego, de verdad, no hagas esto —murmuró con voz afectada—. No jodas lo que tenemos ahora.

—Ah, ¿es que esto que tenemos ahora es algo para ti?

—Es más de lo que teníamos antes.

—Claro, es más que hacer que no existía, es más que esquivarnos la mirada, es muchísimo más que fingir que ni siquiera nos conocíamos de toda la vida. No me jodas, Ari. Sabes perfectamente que entre tú y yo todavía hay algo. Dime que no sientes nada por mí, dímelo y me marcharé de tu vida para siempre. Te dejaré en paz si es lo que quieres. Pero mírame a los ojos y dímelo.

No sé cómo había terminado frente a ella, mirándola fijamente y esperando una respuesta. Parpadeó un par de veces y apartó la mirada. Estiré la mano y cogí la suya.

—Ari...

Cogió aire y volvió a mirarme. Sufría y podía verlo perfectamente. No se esperaba eso aquella tarde. Ninguno de los dos lo esperábamos pero había sucedido y era de tontos fingir que no era así, tal y como ella pretendía, sólo por el hecho de mantener la relación que teníamos entonces. Y yo seguía sin entender qué era eso tan importante que teníamos porque yo con Ari lo quería todo y ser simplemente su amigo me estaba matando.

Tragó saliva y abrió la boca para hablar. Entonces hice algo que no

debería haber hecho, lo admito, debería haberme estado quietecito y dejarla hablar. Pero no pude. La tenía demasiado cerca y su cercanía me nublaba el raciocinio.

Me lancé sobre sus labios y la besé de nuevo.

Y ella no se apartó.

Tampoco esa vez.

Pude sentir la rabia que sentía en ese beso, cómo se debatía internamente. Ahí entendí lo que le pasaba, por qué se negaba a aceptar lo que había entre los dos. No quería dejarme ver que sentía por mí. No quería sentirse vulnerable y dejarse llevar conmigo. Creo que si hubiera sido por ella hubiera seguido odiándome por el resto de su vida. Pero eso la hubiera hecho tan infeliz... y a mí tan desdichado... no podía permitirlo.

Así que seguí besándola y acariciándola y quitándole la camiseta y dejando que ella me quitara la mía y cayendo sobre su cama de nuevo para desnudarla y dejar que me desnudara y hacerle el amor como nuestros cuerpos pedían en ese instante. Y fue increíble.

— ¿Qué hemos hecho?

Me incorporé sobre un brazo y aparté sus manos que entonces cubrían su rostro.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer —susurré agachándome a besarla en los labios.

—No es cierto. No teníamos que haberlo hecho.

— ¿Seguirás diciendo eso mucho tiempo? Porque me estás empezando a tocar las narices con tanta tontería de “no tendríamos que haberlo hecho” y “hagamos como que no ha pasado”. Ni se te ocurra decirlo —exclamé al ver que abría la boca probablemente para decir eso último.

Chasqueó la lengua y resopló. Se sentía frustrada y creo que enfadada consigo misma.

— ¿Tienes idea de lo muchísimo que te echaba de menos? —susurré sin poder evitarlo.

—Cállate, Diego —trató de sonar enfadada pero pude ver el atisbo de una sonrisa en sus labios.

—No pienso callarme nunca más —me incorporé hasta quedarme sentado

y la miré—. Te quiero, Ari. Te he querido desde la primera vez que te vi en la escuela, cuando te sentaste en el pupitre a mi lado y me sonreíste después de que arrancara las hojas de mi cuaderno. Te he querido siempre y dudo mucho que sea capaz de dejar de sentir eso por ti. Nunca dejé de quererte, ni siquiera cuando te lo dije...

Apartó la mirada y observó la pared. Estaba tocando un punto delicado de lo nuestro.

—Entonces... ¿por qué lo dijiste? —su voz se quebró con esa pregunta.

—Porque quería que te alejaras de mí.

Se hizo el silencio. Jamás le había dicho eso. Nunca le había confesado esa vil mentira que le dije para que se fuera lejos de mi lado y no se viera afectada por la mierda en la que me había convertido después de la muerte de mi padre. Aunque en realidad la mierda le había salpicado más que a nadie.

—Creo que será mejor que te vayas. Ahora te lo digo completamente en serio.

—Ari, por favor... deja que te lo explique...

—No hay nada que explicar —se cubrió con la sábana para levantarse de la cama—. Me dijiste que no me querías para que me alejara de ti. ¿Crees que necesitaba saber eso después de todas las cosas que me hiciste pasar? Después de verte con otras chicas, después de dejarme tirada en mil ocasiones, después de hacerme todos los feos que me hiciste y de cómo me trataste... ¿de verdad crees que necesitaba que me dijeras que no me querías? ¿Creíste que eso me iba a hacer más bien que mal? Me destrozaste, Diego, me hiciste polvo por dentro. Y algunas veces en estos últimos meses he creído que podría ser capaz de perdonarte pero ahora que me has dicho esto dudo mucho que pueda conseguirlo. Márchate, por favor.

—Ari, yo...

— ¡Que te largues! —gritó señalándome la puerta. Le temblaba la barbilla, una lágrima descendió por su mejilla y negó con la cabeza justo antes de abrir la puerta y salir de la habitación—. Cuando vuelva del baño no quiero que sigas aquí.

Y cerró de un portazo dejándome ahí paralizado, temblando.

Menudo giro inesperado de los acontecimientos. Había vuelto a cagarla de nuevo. Por querer ser sincero con ella había metido la pata hasta el fondo. Y eso me pasaba por dejarme llevar por el momento y la calidez que había sentido, que me hizo desnudarme por dentro ante ella y confesarle todo sin

tener en cuenta su posible reacción. Cojonudo. Debería haberlo pensado antes. No sé cómo fui tan estúpido de creer que esa revelación no iba a afectarle.

Y había sido tan gilipollas de decirle eso justo después de acostarnos juntos.

Perfectamente perfecto...

Recogí mi ropa del suelo, me vestí y caminé hasta su escritorio. Observé el corcho de la pared lleno de fotos tuyas con su gente importante. No me había dado cuenta antes, su foto con Carlos ya no estaba allí. Cogí un trozo de papel y me puse a escribir. Cuando terminé lo coloqué con una chincheta encima de una foto en la que sonreía. Observé una última vez su habitación y salí al pasillo. Estuve tentado de ir hasta el baño para decirle que me marchaba pero me fui en dirección contraria y bajé las escaleras. Cuando salí a la calle hacía mucho frío, estaba helando. O puede que fuera yo que me había quedado congelado por dentro después de sus duras palabras. Aunque no sé de qué me había sorprendido, me las merecía desde hacía muchísimo tiempo.

Cuando entré en mi habitación después de esquivar a mi madre y a Sara, cerré la puerta y me senté sobre la cama. Me quedé mirando a la nada, todavía pensando cómo podía haber pasado tanto esa tarde. Cuando llegué a casa de Ari ni siquiera tenía pensado pasar a la acción. Cuando la besé por primera vez no creí que ella me correspondería. Y mucho menos pensé que ella sería la que se lanzara a besarme después. Por no hablar de que nunca se me habría pasado por la cabeza que terminaríamos acostándonos juntos. ¡Y qué decir de mi gran momento confesando lo inconfesable!

¿Cómo se te ocurren estas cosas, Diego? Eres el puto amo de joder los momentos.

Las cosas con Ari antes estaban bien. No estaban como a mí me hubiera gustado pero estaban bien. Y es que a mí me hubiera gustado volver a ser su novio, volver a ir a recogerla por las mañanas para ir juntos a clase y volver a ser yo el que ocupara el puesto especial de foto que poner en su mesilla. Ya lo he dicho muchas veces, yo lo quería todo con Ari. Pero podía haberme conformado con ser su amigo, ¿no? Ser amigos no estaba tan mal. Bromeábamos, nos reíamos, podíamos permanecer durante horas en la misma habitación sin sentirnos incómodos. Y eso antes no pasaba.

¿Por qué no había sido capaz de estar quieto y callarme la puñetera boca?

Me llevé la mano a la cabeza y me dejé caer hacia atrás. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me quedé dormido pero cuando abrí los ojos y miré el reloj de mi mesilla vi que eran diez minutos más tarde de medianoche. Genial, nadie me había llamado para cenar. Aunque en realidad tampoco tenía hambre, un nudo de nervios se había instalado en mi estómago y no tenía ganas de nada. Me despecé y me senté sobre el colchón. Carraspeé y me levanté en dirección a mi cuarto de baño. Necesitaba una ducha.

Debajo del agua traté de ordenar todo lo que había sucedido, intentando encontrar el momento en que todo se había ido a la mierda. Pudo haber sido cuando la besé por primera vez aunque creo que si no hubiera vuelto a hacerlo cuando me pidió que me marchara las cosas estarían medianamente bien entre nosotros. O puede que no. No lo sabría nunca porque ya no podía dar marcha atrás en el tiempo para cambiarlo.

Al salir de la ducha me sequé absorto en mis pensamientos. Abrí la puerta del baño con la toalla anudada a mi cintura y casi me da algo cuando vi a Ari sentada sobre mi cama.

— ¡Coño! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —fui corriendo hasta la puerta de mi habitación para cerrarla, Pilar no estaba muy a favor de visitas de féminas en mi cuarto, y menos a esas horas de la noche.

—He trepado hasta tu ventana.

Me quedé mirándola como si me acabara de hablar en japonés.

— ¿Que has subido hasta mi ventana? ¿Estás loca? Podrías haberte hecho daño.

—Tú llevas haciendo eso media vida y sigues sano y salvo —se encogió de hombros a la vez que sonreía.

No entendía nada. Absolutamente nada. Pero estaba ahí, sentada en mi cama, con su sonrisa y su aroma inundando mi habitación. Le devolví la sonrisa.

—Solo me he arañado en la mano.

Me mostró la mano y me acerqué a cogerla con cuidado. Se había raspado en la palma. No era nada, un simple arañazo que se había puesto de color rojo. Casi lo acerco a mis labios para besarlo, en plan “cura sana, culito de rana”. Por suerte no lo hice, hubiera resultado patético.

La miré sin entender nada todavía. No podía dejar de sonreír. ¿Qué

estaba haciendo en mi cuarto después de lo que había pasado esa tarde? Había trepado hasta mi ventana. Vale que era mucho más sencillo y que no podía compararse con trepar a su ventana pero... no lo hacía desde hacía mucho tiempo. Más concretamente desde que éramos novios.

—No me mires así —murmuró apartando la mirada—. Me pones nerviosa.

—Es que no entiendo nada...

—Lo sé. La verdad es que yo tampoco entiendo nada de lo que está pasando.

Me senté a su lado y seguí observándola.

— ¿Te importaría vestirme? —Soltó de repente—. Me desconcentra bastante tenerte medio desnudo aquí sentado.

—Debajo de esta toalla estoy completamente desnudo.

— ¡Diego!

Me eché a reír ante su exclamación escandalizada. Ella me miró mal un momento pero enseguida sonrió otra vez.

—Acabamos de vernos desnudos hace unas horas...

—Lo sé —susurró apartando la mirada de nuevo—, y eso también me hace estar nerviosa.

— ¿Por qué? Ni que hubiera sido la primera vez.

—Es verdad, pero me pone nerviosa, no puedo evitarlo.

—Está bien, iré a vestirme, pero en cuanto vuelva quiero que me expliques qué haces aquí.

Asintió mientras yo cogía la primera camiseta y el primer pantalón que encontré en el armario. Casi corrí hasta el baño y me vestí a toda velocidad. Salí de nuevo y ella seguía allí. No se había ido ni había sido producto de mi imaginación. Levantó la vista y me sonrió.

—Explícame qué pasa, no entiendo nada y estoy empezando a creer que los efectos secundarios de las drogas están haciendo su aparición ahora y tú eres una alucinación.

Rió y por poco babeo delante de ella. De verdad que lo que Ari provocaba en mí era algo tan difícil de explicar que ni siquiera me sentía estúpido cuando me comportaba como un idiota enamorado.

—He leído tu nota.

— ¿Y qué te ha parecido? —pregunté mientras me acercaba y cogía la silla de mi escritorio para sentarme frente a ella.

—La verdad es que al principio he estado a punto de tirarla a la basura sin leerla siquiera. Creo que no te hubiera sorprendido que lo hiciera, ¿verdad?

—En absoluto —sonreí.

—Pero la he leído —sus ojos conectaron con los míos y un nerviosismo inesperado se instaló en mi interior. Había hablado con voz baja y seria, así que me puse serio yo también.

— ¿Y?

Tomó aire y se inclinó hacia mí muy despacio. No apartaba sus ojos de los míos mientras se acercaba poco a poco. Mi corazón duplicó el ritmo de los latidos. Bajé la vista hasta sus labios, que se acercaban peligrosamente a los míos.

—Creo que ya es hora de que me deje llevar.

Su aliento chocó contra mi piel mientras susurraba esas palabras. Y sin darme tiempo a decir nada me besó.

Creo que llegados a este punto os preguntaréis qué fue lo que le escribí en aquella nota y que hizo que se decidiera a darme otra oportunidad. Aquí lo tenéis:

SÉ QUE HE METIDO LA PATA, SÉ QUE SERÁ DIFÍCIL QUE ME PERDONES POR LO QUE HICE CUANDO MI PADRE SE FUE. NO TE MERECEAS AQUELLO NI TE MERECE QUE NADIE JAMÁS TE TRATE COMO TE TRATÉ. Y LO SIENTO, NO TIENES IDEA DE CUÁNTO LO SIENTO. PUEDE QUE TÚ SEAS CAPAZ DE PERDONARME ALGÚN DÍA PERO TE ASEGURO QUE ES ALGO QUE YO JAMÁS ME PERDONARÉ A MÍ MISMO.

NO QUIERO PERDERTE. SI QUIERES SEGUIR SIENDO MI AMIGA SERÉ FELIZ, AUNQUE TE ADVIERTO DE QUE JAMÁS DEJARÉ DE SOÑAR CON QUE ERES MI CHICA. PORQUE TE QUIERO, Y TE QUIERO CONMIGO, SIENDO MI TODO, SIENDO MI VIDA.

ESPERO QUE DESPUÉS DE LO DE HOY VUELVAS A HABLARME.
LO SIENTO.

EL TONTO DE DIEGO

Puede parecer una nota tonta en la que solamente le decía todas las cosas que he escrito aquí durante una temporada, pero en realidad era todo lo que ella necesitaba saber para abrir su corazón y dejarse llevar. Y se dejó llevar por lo que sentía, tanto, tanto que todavía hoy sigue a mi lado y me perdona por ser un idiota en mil ocasiones. Porque admitámoslo, no soy perfecto, soy simplemente un idiota enamorado.